BV.AS/2

E III. 30. U.9.

THE THEOSOPHICAL SOCIETY

BRITISH SECTION

REFERENCE LIBRARY

28, ALBEMARLE STREET,
LONDON, W.

THIS book is the property of the British Section of the Theosophical Society, and must not on any account be removed from the Reading Room.

BV. AS(2)



N vi 8
20

# CARTAS ROSACRUCES

PUBLICADO POR LA BIBLIOTECA ORIENTALISTA

# CARTAS ROSACRUCES

Traducidas del alemán por F. H.
y del inglés por Nemo



BARCELONA
Tip. La Académica, de Serra Hnos y Russell
Ronda de la Universidad, 6
1901


WELLCOME
HISTORICAL
MEDICAL
LIBRARY



# CARTAS ROSACRUCES

## I

### Sabiduría divina

No intentes estudiar la más elevada de todas las ciencias, si no has resuelto de antemano entrar en el sendero de la virtud; porque aquellos que no son capaces de sentir la verdad no comprenderán mis palabras. Únicamente aquellos que entran en el reino de Dios comprenderán los misterios Divinos, y cada uno de ellos aprenderá la verdad y la sabiduría, sólo en proporción á su capacidad para recibir en su corazón la luz di-

vina de la verdad. Para aquellos cuya vida consiste únicamente en la mera luz de su inteligencia, los misterios divinos de la naturaleza no serán comprensibles, porque las *palabras* que pronuncia la luz no son oídas por sus almas; únicamente aquel que abandona su propio yo puede conocer la verdad; porque la verdad sólo es posible conocerla en la región del bien absoluto.

Todo cuanto existe, es producto de la actividad del espíritu: la más elevada de todas las ciencias es aquella por cuyo medio aprende el hombre á conocer el lazo de unión entre la inteligencia espiritual y las formas corpóreas: entre el espíritu y la materia no existen líneas de separación marcadas, pues entre ambos extremos se presentan todas las gradaciones posibles.

Dios es Fuego, emitiendo la Luz más pura. Esta Luz es Vida, y las gradaciones existentes entre la Luz y

las Tinieblas se hallan fuera de la concepción humana. Cuanto más nos aproximamos al centro de la Luz, tanta mayor es la fuerza que recibimos, y tanto más poder y actividad resultan. El destino del hombre es elevarse hasta aquel centro espiritual de Luz. El hombre primordial era un hijo de aquella Luz. Permanecía en un estado de perfección espiritual muchísimo más elevado que el presente, en que ha descendido á un estado más material asumiendo una forma corpórea y grosera. Para ascender de nuevo á su altitud primera, tiene que volver atrás en el sendero por el cual descendió.

Cada uno de los objetos animados de este mundo obtiene su vida y su actividad gracias al poder del espíritu; los elementos groseros hállanse regidos por los más sutiles, y éstos á su vez por otros que lo son todavía más, hasta llegar al poder puramente espiritual y divino, y de este modo,

Dios influye en todo y lo Gobierna todo. En el hombre existe un germen de poder divino, germen que desarrollándose, puede llegar á convertirse en un árbol del cual cuelguen frutos maravillosos; pero este germen puede únicamente desenvolverse gracias á la influencia del calor que radía en torno del centro flamígero del gran sol espiritual, y en proporción á lo que nos aproximamos á la luz, es este calor sentido.

Desde el centro ó causa suprema y original, radían continuamente poderes activos, difundiéndose al través de las formas que su actividad eterna ha producido, y desde estas formas radían otra vez hacia la causa primera, dando lugar con esto á una cadena ininterrumpida en donde todo es actividad, luz y vida. Habiendo el hombre abandonado la radiante esfera de luz, se ha hecho incapaz de contemplar el pensamiento, la voluntad y la actividad del Infinito en su uni-

dad, y en la actualidad tan sólo percibe la imagen de Dios en una multiplicidad de imágenes varias. Así es que él contempla á Dios bajo un número de aspectos casi infinito; pero el mismo Dios permanece *uno*. Todas estas imágenes deben recordarle la exaltada situación que un tiempo ocupó y á la reconquista de la misma deben tender todos sus esfuerzos. A menos de que se esfuerce en elevarse á mayor altura espiritual, irá sumiéndose cada vez más profundamente en la sensualidad, y le será entonces mucho más difícil el volver á su estado primero.

Durante nuestra vida terrestre actual nos encontramos rodeados de peligros, y para defendernos nuestro poder es bien poco. Nuestros cuerpos materiales nos mantienen encadenados al reino de lo sensual y un millar de tentaciones se lanzan sobre nosotros todos los días. De hecho, sin la reacción del espíritu, la acción del

principio animal en el hombre, rápidamente le arrastraría al cieno de la sensualidad, en donde su humanidad desaparecería en último resultado. Sin embargo, este contacto con lo sensual es necesario para el hombre, pues le proporciona la fuerza sin la cual no sería capaz de elevarse. El poder de la voluntad es el que permite al hombre elevarse, y aquel en quien la voluntad ha llegado á un tal estado de pureza, que es una y la misma con la voluntad de Dios, puede, hasta durante su vida en la tierra, llegar á ser tan espiritual, que contemple y comprenda en su unidad al reino de la inteligencia. Un hombre tal puede llevar á cabo cualquier cosa; porque unido con el Dios universal, todos los poderes de la naturaleza son sus propios poderes, y en él se manifestarán la harmonía y la unidad del todo. Viviendo en lo eterno, no se halla sujeto á las condiciones de espacio y de tiempo, porque participa del poder de

Dios sobre todos los elementos y poderes que en los mundos visible é invisible existen, y comparte y goza de la gloria (conciencia) de lo que es eterno.

Diríjanse todos tus esfuerzos á alimentar la tierna planta de virtud que en tu seno crece. Para facilitar su desarrollo purifica tu Voluntad y no permitas que las ilusiones de la sensualidad y del tiempo te tienten y te engañen; y á cada uno de los pasos que des en el sendero que á la vida eterna conduce, te encontrarás con un aire más puro, con una vida nueva, con una luz más clara, y en proporción á tu ascenso hacia lo alto, aumentará la expansión de tu horizonte mental.

La inteligencia sola no conduce á la sabiduría. El espíritu lo conoce todo, y sin embargo ningún hombre le conoce. La inteligencia sin Dios enloquece, empieza á adorarse á ella misma y rechaza la influencia del Es-

píritu Santo. ¡ Ah ! ¡ cuán poco satisfactoria y engañosa es una tal inteligencia sin espiritualidad ! ¡ Cuán pronto perecerá! El espíritu es la causa de todo : ¡ y cuán pronto cesará de brillar la luz de la más brillante de las inteligencias una vez abandonada por los rayos de vida del sol del espíritu !

Para comprender los secretos de la sabiduría, no basta el especular y el inventar teorías acerca de los mismos: lo que principalmente se necesita es sabiduría. Solamente aquél que se conduce sabiamente es en realidad sabio, aunque no haya recibido jamás la menor instrucción intelectual. Para poder ver necesitamos tener ojos, y no podemos prescindir de los oídos si queremos oir: para poder percibir las cosas del espíritu necesitamos el poder de percepción espiritual. Es el espíritu y no la inteligencia quien da la vida á todas las cosas, desde el angel planetario hasta el molusco del fondo

del océano. Esta influencia espiritual siempre desciende de arriba á abajo, y nunca asciende de abajo hacia arriba; en otras palabras: siempre radía desde el centro á la periferie, pero jamás de la periferie al centro. Esto explica porque siendo tan sólo la inteligencia del hombre el producto ó efecto de la luz del espíritu que brilla en la materia, no puede nunca elevarse por encima de su propia esfera de la luz que procede del espíritu. La inteligencia del hombre será capaz de comprender las verdades espirituales, únicamente con la condición de que su conciencia entre en el reino de la luz espiritual. Esta es una verdad que la gran mayoría de las personas científicas é ilustradas no querrán comprender: no pueden elevarse á un estado superior al de las esferas intelectuales creadas por ellas mismas, y consideran á todo lo que se halla fuera de ellas como vaguedades y sueños ilusorios. Por lo tanto, su comprensión es obscura,

en su corazón residen las pasiones, y no se les permite á ellos el contemplar la luz de la verdad. Aquel cuyo juicio es determinado por lo que percibe con sus sentidos externos no puede realizar las verdades espirituales; un hombre dominado por los sentidos se mantiene adherido á su yo individual, el cual es una ilusión, y naturalmente, odia la verdad, porque el conocimiento de la misma destruye su personalidad propia. El instinto natural del yo inferior del hombre le impulsa á considerarse á sí mismo como un sér aislado, distinto del Dios Universal: el conocimiento de la verdad destruye aquella ilusión, y por lo tanto, el hombre sensual odia la verdad.

El hombre espiritual es un hijo de la Luz. La regeneración del hombre y su restauración á su primer estado de perfección, en el cual sobrepuja á todos los demás seres del universo, depende de la destrucción y remoción

de todo cuauto obscurece ó vela á su verdadera naturaleza interna. El hombre es, por decirlo así, un fuego concentrado en el interior de una cáscara material y grosera; es su destino el disolver en este fuego las porciones materiales y groseras (del alma) y unirse de nuevo con el flamígero centro, del cual es á manera de centella durante su vida terrestre. Si la conciencia y la actividad del hombre hállanse continuamente concentradas en las cosas externas, la luz que radía de la centella divina desde el interior del corazón, va debilitándose poco á poco, y desaparece finalmente; pero si al fuego interno se le cultiva y alimenta, destruye los elementos groseros, atrae á otros principios más etéreos, hace al hombre más y más espiritual y le concede poderes divinos. No sólo cambia el estado del alma (la actividad interna), cambia también el estado receptivo más perfecto para las influencias puras y divinas, y en-

noblece por completo á la constitución del hombre hasta que se convierte en el verdadero Señor de la creación.

Nota. *Sabiduría Divina* ó «Teosofía» no consiste en conocer intelectualmente muchas cosas, en ***ser sabio en pensamientos, palabras y acciones.*** No puede existir ninguna Teosofía ***especial*** ni Inda ni Cristiana. La Sabiduría en absoluto (Sabiduría Divina) no posee calificaciones. Es el reconocimiento práctico de la verdad absoluta, y esta verdad es sólo *UNA*. — H.





## II

## El medio práctico para aproximarse á la Luz

Aquel que por medio de la gratificación de los deseos sensuales, intenta llenar el vacío que en su alma existe, no lo logrará nunca, ni pueden tampoco los anhelos que el corazón experimenta hacia la verdad, ser satisfechos por la aplicación de la inteligencia á las cosas externas. El hombre no puede entrar en el puente de la paz, mientras no ha vencido en su interior á todo cuanto es incompatible con su *ego* divino y con sus aspiraciones.

Para obtener esta victoria, debe el hombre tratar de aproximarse á la Luz, obedeciendo á la ley de la Luz. El deseo hacia lo sensual y lo externo, debe cesar en él, tiene que dirigir su visión espiritual hacia la Luz, y tratar de disipar las nubes que de la misma le separan. El primer paso, y el necesario, es el tener conciencia de la existencia del germen divino dentro de uno mismo, para dirigir el poder de la Voluntad hacia aquel centro, para llevar una vida interna y para cumplir estrictamente todos los deberes internos y externos.

Existe una ley oculta, de la cual se ha hecho mención con frecuencia en escritos ocultos, pero que todavía es comprendida tan sólo por unos pocos, que dice que: «cada una de las cosas de *abajo* tiene su contraparte *arriba*, y que nada, absolutamente nada, por insignificante que sea, existe, que no dependa de algo que le corresponda mucho más elevado; así es que si el

inferior obra, el superior reacciona sobre él.» Según esta ley, todo deseo, pensamiento ó aspiración bueno ó malo, es seguido inmediatamente de una reacción correspondiente que procede de lo alto. Cuanto más pura es la voluntad del hombre y menos adulterada por deseos egoístas, tanto más enérgica será la reacción divina.

El propósito en el hombre de progresar espiritualmente, no depende en manera alguna de sus propios esfuerzos, al contrario: cuanto menos intenta establecer leyes propias por sí mismo y cuanto más se somete á la ley universal, tanto más rápidos serán sus progresos. El hombre no puede en manera alguna poner su Voluntad en juego en ningún sentido diferente del de la Voluntad Universal de Dios; si su voluntad no es idéntica á la voluntad divina, se convierte en una mera perversión de esta última y su efecto se anula. Sólo cuando la voluntad individual del hombre ar-

moniza por completo y coopera con la voluntad de Dios, se convertirá en poderosa y efectiva.

Además, en todos tiempos han existido entidades celestiales ó espirituales que han comunicado con el hombre para transmitirle un conocimiento de verdades espirituales, ó para refrescar su memoria cuando semejantes verdades estaban á punto de olvidarse, y establecer así un fuerte lazo de unión entre el hombre intelectual y el hombre divino. Los hombres que son lo suficientemente puros, pueden, aun durante esta vida, entrar en comunicación y conocer á estos mensajeros celestiales, pero pocos son lo suficientemente puros y espirituales para lograrlo. Como quiera que sea, es la *Voluntad* y no la inteligencia, la que debe ser purificada y regenerada, y por lo tanto la mejor de las instrucciones es inútil si no posee uno la Voluntad para llevarla á la práctica; y como nadie contra su Voluntad

puede ser salvado, el deseo más íntimo del corazón debe ser el conocer y el practicar la verdad.

Aquel cuya *Voluntad* es así buena, logrará el saber y la potencia de la Fe verdadera, sin necesidad de ninguna clase de signos externos ó de razones lógicas para convencerle de la verdad de aquello que él sabe que es cierto; únicamente el pretendido sabio del mundo pide semejantes pruebas; porque su corazón hállase lleno de presunción y su voluntad es mala, y por lo tanto no posee ni conocimiento espiritual ni fe, sin lo cual nada puede saber más que aquello que viene por medios externos; mientras que aquellos cuyas mentes son puras y sin duplicidad, con el tiempo adquieren la conciencia de aquellas verdades en las que instintivamente han creído.

Todas las ciencias culminan en un punto. Aquel que conoce al UNO, lo conoce todo; aquel que cree conocer

muchas cosas, cree en ilusiones. Cuanto más te aproximes á este punto, en otras palabras: cuanto m: s íntima sea tu unión con Dios, tanto más clara será tu percepción de la verdad. Si á aquel punto llegas, encontrarás que existen cosas en la naturaleza que trascienden á la imaginación de nuestros filósofos, y acerca de las cuales nuestros sabios no se atreven ni á soñar.

En Dios está la vida toda; fuera de Dios no existe vida alguna, y aquello que parece vivir fuera de Dios es meramente una ilusión. Si deseamos saber la verdad, debemos contemplarla á la luz de Dios y no á la luz falsa y engañadora de nuestra especulación intelectual. No existe camino para llegar al conocimiento perfecto de la verdad que la unión con ella misma, y, sin embargo, son bien pocos los que conocen este sendero. De aquellos que por él transitan, el mundo se burla y rie; pero aquel mundo no conoce la verdad, porque es un mundo de

ilusiones lleno de desgraciados, ciegos ante la luz de la misma.

El aprender á callar y á permanecer tranquilo, el permanecer impasible ante la risa del necio, ante el desdén del ignorante y en presencia del desprecio del orgulloso, es la primera señal de que comienza á brillar ya la aurora de la luz de la sabiduría. Sin embargo, la verdad, en cuanto ha sido plenamente realizada, es capaz de resistir aún que sea el excrutinio intelectual más sereno y á los ataques de la lógica más potente. Sólo las inteligencias de aquellos que sienten la verdad, pero que todavía no la perciben, son las que pueden ser trastornadas por la sacudida. Aquellos que conocen y comprenden la verdad, permanecen firmes como una roca.

Durante tan largo tiempo como no buscamos más que la gratificación de nuestros sentidos, ó deseamos tan sólo la satisfacción de nuestra curiosidad, no es la verdad lo que busca-

mos. Para encontrarla tenemos que entrar en el reino de Dios, y entonces descenderá la verdad sobre nuestra inteligencia. No es necesario para lograr esto que torturemos nuestro cuerpo ó que arruinemos nuestros nervios, pero sí es necesario el que creamos en ciertas verdades fundamentales, que son instintivamente percibidas por todos aquellos en quienes no está pervertida la inteligencia. Estas verdades fundamentales son: la existencia de un Dios universal (origen de todo bien) y la posibilidad de la inmortalidad del alma humana. Posee el hombre una inteligencia razonadora, y por lo tanto tiene el derecho y la facultad de hacer uso de la misma; lo cual quiere decir que puede emplearla en un sentido que esté en oposición con la ley del bien, la cual es la Ley del Amor Divino, la Ley del Orden y de la Armonía. No debe él profanar los dones que Dios le ha concedido por medio de la naturaleza,

debe considerar á todas las cosas como dones divinos, y á él mismo á manera de templo viviente de Dios, y como un instrumento por medio del cual el divino poder puede manifestarse.

Un hombre fuera de Dios es cosa inconcebible; porque la naturaleza entera, incluyendo al hombre, es sencillamente una mera manifestación de Dios. Si la luz penetra en nuestro interior, aquella luz no es obra nuestra, el sol es quien nos la concede, pero si nos ocultamos del sol, la luz desaparece. Dios es el sol del espíritu; nuestro deber es el permanecer iluminados por sus rayos, gozar de los mismos y llamar á otros para que entren en la luz. No existe mal ninguno en procurar conocer esta luz intelectualmente si nuestra voluntad hacia ella se dirige, pero si la voluntad es atraída por una luz falsa á la que tomamos equivocadamente por el Sol, caemos de necesidad en el error.

Existe una relación definida y exacta entre la causa de todas las cosas y las cosas que aquella causa ha creado (producido). Puede el hombre, aun en esta vida, llegar al conocimiento de estas relaciones, aprendiendo á conocerse á sí mismo. El mundo en el cual vivimos es un mundo de fenómenos (ó sea de ilusiones), puesto que aquello á lo que se acostumbra á calificar como «real», aparece así, únicamente mientras duran ciertas condiciones ó relaciones entre el que percibe y el objeto de su percepción.

Lo que nosotros percibimos no depende tanto de la cualidad de las cosas que constituyen los objetos de nuestra percepción, como de las condiciones de nuestro propio organismo. Si nuestra organización fuese diferente, cada cosa se nos presentaría bajo un aspecto diferente también.

Si hemos aprendido á realizar esta verdad por completo y á distinguir entre lo que es real y lo que es mera-

mente ilusorio, podemos entonces entrar en el reino de aquella elevada ciencia asistidos por la luz del espíritu divino. Los misterios de que se ocupa esta ciencia exaltada son los siguientes:

1.° El reino interno de la naturaleza.

2.° El lazo que une al mundo interno espiritual con las formas corpóreas externas.

3.° Las relaciones existentes entre el hombre y los seres invisibles.

4.° Los poderes ocultos en el hombre por medio de los cuales puede obrar sobre lo interior en la naturaleza.

En esta ciencia se hallan contenidos todos los misterios de la naturaleza. Si con corazón puro deseas la verdad, la encontrarás; pero si tus intenciones son egoístas, pon á un lado estas cartas, porque no serás capaz de comprenderlas, ni en un caso tal te reportarán el menor beneficio.

Los misterios de la naturaleza son sagrados, pero no los comprenderá aquel cuya voluntad es malvada. Pero si el malvado logra descubrir los misterios de la naturaleza, su luz se convertirá en un fuego consumidor en el interior de su alma, el cual le destruirá, y cesará de existir.





III

## Verdad absoluta y relativa

Toda la ciencia del mundo se funda en que las cosas son actualmente como aparecen ser. y sin embargo, bien poco es lo que se necesita pensar para comprender lo erróneo de la suposición, puesto que la apariencia de las·cosas no depende meramente de lo que son en la actualidad, sino que además depende de nuestra propia organización y de la constitución de nuestras facultades perceptivas. El mayor de los obstáculos que en el camino del progreso encuentra el estudiante de las ciencias ocultas, es el

haberse desarrollado en él la creencia errónea de que las cosas son lo que á él le parecen ser, y á menos de que pueda elevarse por encima de esta superstición y considerar á las cosas, no desde el mero punto de vista relativo de su ego limitado, sino desde el Infinito y el Absoluto, no será capaz de conocer la verdad absoluta. Antes de que adelantemos más en nuestras instrucciones respecto al modo práctico de aproximarse á la Luz, será necesario que imprimas con más energía en tu mente el carácter ilusorio de todos los fenómenos externos.

Todo cuanto el hombre sensual conoce acerca del mundo externo, lo ha aprendido por medio de las impresiones que llegan á su conciencia al través de los sentidos. Recibiendo repetida ó continuamente semejantes impresiones, comparándolas unas con otras, y tomando aquello que él cree conocer como base para especulaciones acerca de cosas que no conoce,

puede formar ciertas opiniones referentes á cosas que trascienden á su poder de percepción sensual; pero en cuanto al carácter verdadero ó falso de sus opiniones con respecto á cosas internas ó externas, puede su opinión ser lo que es, únicamente con respecto á él y con relación á otros seres que se hallan constituídos lo mismo que él; en cuanto á todos los demás seres cuyas organizaciones son por completo diferentes de la suya, sus argumentos y especulaciones lógicas no encuentran aplicación ninguna, y pueden existir en el universo incalculables millones de seres de organización superior ó inferior á la nuestra, pero por completo distinta de la misma, á quienes el mundo y cada una de las cosas aparecen bajo un aspecto diferente por completo, y que todo lo ven según una luz enteramente distinta. Semejantes seres, aún viviendo en el mismo mundo en el en que nosotros vivimos, pueden no conocer

nada, en absoluto, de este mundo que es el único concebible para nosotros; y podemos nosotros no saber nada intelectualmente acerca de su mundo, á pesar de ser éste uno é idéntico con el nuestro en el cual vivimos. Para poder lanzar una mirada en su mundo, necesitamos de la suficiente energía para arrojar de nosotros todos los errores y preocupaciones heredados y adquiridos; debemos elevarnos á un nivel superior al del yo que se halla atado al mundo sensual por un millar de cadenas, y ocupar mentalmente aquel lugar desde el cual podemos contemplar al mundo bajo un aspecto superior: debemos morir, por decirlo así, lo cual quiere decir vivir inconscientes de nuestra propia existencia como seres humanos individuales, hasta que podamos adquirir la conciencia de la vida superior y mirar al mundo desde el plan y punto de vista de un dios.

Toda nuestra ciencia moderna es por

lo tanto sólo ciencia relativa, lo cual equivale á decir que todos nuestros sistemas científicos enseñan únicamente las relaciones que existen entre las cosas externas y mutables y una cosa tan transitoria é ilusoria como es el sér humano: y que no es en realidad más que una aparición externa originada por una cierta actividad interna, acerca de la cual nada sabe la ciencia externa. Todos estos conocimientos tan alabados y encomiados, son, por lo tanto, nada más que conocimientos superficiales, refiriéndose únicamente á uno quizás de los aspectos infinitos, por medio de los cuales Dios se manifiesta.

La ignorancia ilustrada cree que su manera especial de considerar al mundo de los fenómenos es la única verdadera, y se agarra desesperadamente á estas ilusiones, que cree son las únicas realidades, y á aquellos que realizan el carácter ilusorio de las mismas, les califica de soñadores;

pero durante tanto tiempo como se mantenga adherida á estas ilusiones, no se elevará por encima de ellas: continuará siendo una ciencia ilusoria; no será capaz de realizar el carácter verdadero de la naturaleza, y en vano pedirá una ciencia semejante que se le demuestre á Dios, mientras cierre sus ojos y aparte de los mismos á la luz eterna.

No es, después de todo, en manera alguna, nuestra intención, el pedir que la ciencia moderna intente y se coloque en el plano del Absoluto, porque en este caso cesaría de ser relativa para las cosas externas, y con respecto á las mismas se convertiría en inútil. Se ha admitido que los colores no son realidades existentes por sí mismas, sino que cierto número de ondulaciones de la luz los originan; pero este hecho no es impedimento, en manera alguna, para la fabricación de los colores y el empleo útil de los mismos. En cuanto á todas las demás

ciencias externas, pueden presentarse argumentos semejantes, y no tienen por objeto las afirmaciones anteriores el desanimar los trabajos de investigación científica puramente externos, sino el instruir á aquellos para los que no es suficiente un mero conocimiento superficial y externo, y también el moderar, si es posible, la presunción de todos aquellos que creen saberlo todo, y que, encadenados á sus ilusiones, pierden de vista á lo Eterno y Real, y llegan en su presunción y vanidad ciega hasta el punto de negar su existencia misma.

Se admitirá que no es el cuerpo externo quien vé, oye, huele, razona y piensa, sino que es el hombre interno y para nosotros invisible, quien desempeña estas funciones por medio de los órganos físicos. No existe razón ninguna para que creamos que este hombre interno cesa de existir cuando el cuerpo muere, por el contrario, como veremos después, el suponer

una cosa semejante está en contra de la razón. Pero si este hombre interno pierde, gracias á la muerte del organismo físico, el poder de recibir impresiones sensibles del mundo externo: si á consecuencia de la pérdida del cerebro, pierde también el poder de pensar, cambiarán por completo las relaciones mediante las cuales permanecía en el mundo, y las condiciones de su existencia serán por completo distintas de las nuestras. Su mundo no será nuestro mundo, aunque en el sentido absoluto de la palabra ambos mundos son solo uno. Así es que en este mismo mundo pueden existir un millón de mundos diferentes, con tal de que exista un millón de seres cuyas constituciones difieran unas de otras; en otras palabras, sólo existe una naturaleza, pero puede aparecer quizás bajo un número infinito de aspectos. A cada uno de los cambios de nuestra organización, el antiguo mundo se nos presenta según

un prisma distinto: á cada muerte entramos en un mundo nuevo, aunque no es necesariamente el mundo el que cambia, sino únicamente nuestras relaciones con el mismo las que varían gracias á un tal suceso.

¿Qué es lo que conoce el mundo acerca de la verdad absoluta? ¿Qué es lo que realmente sabemos? No pueden existir ni sol, ni luna, ni tierra; ni el fuego ni el aire ni el agua pueden tener existencia real; todas estas cosas existen con relación á nosotros mismos, sólo mientras nos hallamos en un cierto estado de conciencia, durante el cual *creemos* que existen; en el reino de los fenómenos la verdad absoluta no existe; ni siquiera en las matemáticas encontramos la verdad obsoluta, puesto que todas las reglas matemáticas son relativas y se hallan fundadas en ciertas suposiciones referentes á la magnitud y á la extensión, las cuales en sí mismas no poseen más que un mero carácter fe-

nomenal. Cámbiense los conceptos fundamentales, sobre los que nuestras matemáticas se apoyan, y el sistema entero necesitará un cambio completo. Lo mismo puede decirse con referencia á nuestros conceptos de la materia, del movimiento y del espacio. Son estas palabras, pura y sencillamente. expresiones tan sólo para indicar ciertos conceptos que acerca de cosas inconcebibles hemos formado nosotros; en otras palabras: indican ciertos estados de nuestra conciencia.

Si miramos un árbol, una imagen se forma en nuestra mente. lo cual equivale á decir que entramos en un cierto estado de conciencia que nos pone en relación con un fenómeno externo, acerca de cuya naturaleza real nada sabemos; pero al cual damos el nombre de árbol. Para un sér organizado de un modo distinto por completo, puede no ser lo que nosotros llamamos árbol, sino algo ente-

ramente diferente, quizás tansparente y sin solidez material; de hecho, á un millar de seres, cuyas constituciones difieran unas de otras, les parecerá bajo mil aspectos distintos. Podemos nosotros ver en el Sol solamente un globo de fuego; pero un sér cuya facultad comprensiva sea superior, podrá ver en lo que nosotres llamamos sol, algo que para nosotros es indescriptible; porque careciendo de las facultades necesarias para describirlo, no es concebible para nosotros.

El hombre externo guarda una cierta relación con el mundo externo, y como á tal, nada más puede conocer del mundo que esta relación externa. Algunas personas pueden objetar que debe contentarse con aquellos conocimientos y no intentar en manera alguna el profundizar más. Esto, sin embargo, equivale á privarle de todo progreso ulterior y á condenarle á permanecer sumido en el error y en la ignorancia; porque una ciencia que

depende por completo de ilusiones externas, no es más que una ciencia ilusoria. Además, el aspecto externo de las cosas es la consecuencia de una actividad interior, y á menos de que el verdadero carácter de esta actividad interna se conozca, el carácter verdadero del fenómeno externo no será en realidad comprendido. Además, el hombre real é interno, que reside en la forma externa, mantiene ciertas relaciones con la actividad interna del cosmos, las cuales no son menos extrictas y definidas que las relaciones existentes entre el hombre externo y la naturaleza externa, y á menos de que el hombre conozca las revelaciones que le ligan á aquel poder; en otras palabras: á *Dios*, jamás comprenderá su propia naturaleza divina, y nunca alcanzará el verdadero conocimiento de sí mismo. El enseñar la verdadera relación que existe entre el hombre y el Infinito TODO, y el elevarle á aquel plano de existencia

exaltado que debe ocupar en la naturaleza, es y tiene que ser el único y verdadero objeto de la religión verdadera y de la verdadera ciencia. El hecho de que un hombre haya nacido en una cierta casa ó en una cierta ciudad, no indica en manera alguna que tenga que permanecer allí durante toda su vida; el hecho de que un hombre permanezca en una condición física, moral ó intelectual inferior, no impone sobre él la necesidad de permanecer siempre en un tal estado, y de que no pueda hacer ningún esfuerzo para elevarse á mayores alturas.

La ciencia más elevada que es posible que exista, es aquella cuyo objetivo es el más elevado de todos los conocimientos; y no puede existir objeto más elevado ni más digno de ser conocido que la causa universal de todo bien. Dios es, por lo tanto, el objeto más elevado de los conocimientos humanos, y nada podemos saber en cuanto al Mismo, como no sea la

manifestación de Su actividad en el interior de nosotros mismos. Obtener el conocimiento del yo, equivale á obtener el conocimiento del principio divino dentro de nosotros mismos; en otras palabras, un conocimiento de nuestro propio yo, después de que aquel yo se ha convertido en divino y ha despertado á la conciencia de su divinidad. Entonces el yo interno y divino reconocerá, por decirlo así, las relaciones que existen entre sí y el divino principio en el universo, si es que podemos hablar de *relaciones* existentes entre dos cosas, que no son dos, sino que son una misma é idénticas. Para expresarnos con más corrección, deberíamos decir. El Conocimiento Espiritual de Sí Mismo tiene lugar cuando Dios reconoce su propia divinidad en el hombre.

Todo poder, sea que pertenezca al cuerpo, al alma, ó al principio inteligente en el hombre, se origina desde el centro, el espíritu. A la actividad

espiritual se debe que el hombre vea, sienta, oiga y perciba con sus sentidos externos. En la mayor parte de los hombres esta fuerza espiritual é interna ha despertado sólo la potencia intelectual y hecho entrar en actividad á los sentidos exteriores. Pero existen personas excepcionales, en quienes esta actividad espiritual ha llegado á un grado mucho mayor, y en las cuales se han desenvuelto las facultades más elevadas ó internas de percepción. Semejantes personas pueden en estos casos percibir cosas que para las demás son imperceptibles, y poner en ejercicio poderes que no poseen el resto de los mortales. Si los llamados sabios se encuentran con un caso práctico referente á lo anterior, lo consideran como causado por un estado enfermizo del cuerpo, y lo califican como efecto de una « condición patológica » ; puesto que es un hecho fundado en la experiencia de todos los días, que la ciencia externa y super-

ficial, que nada conoce en absoluto respecto á las leyes fundamentales de la naturaleza, toma continua y equivocadamente á las causas como efectos y á los efectos como causas. Con igual razón y con la misma lógica, podría un rebaño de carneros, si uno de ellos hubiese obtenido la facultad de hablar como un hombre, decir de su compañero que estaba enfermo, y ocuparse de su «condición patológica». Así es que la sabiduría aparece como locura para el loco; al ciego, la luz le resulta tinieblas; la virtud como vicio al vicioso; la verdad como embuste al falso, y en todo vemos que el hombre no percibe las cosas tal cual son, sino tal como él las imagina.

Así es que vemos que todo cuanto los hombres acostumbran á llamar bueno ó malo, verdadero ó falso, útil ó inútil, etc., es á lo más relativo en su sentido. Puede ser así relativamente á uno, y ser por completo contrario con respecto á otro, cuyas opi-

niones. objetivos ó aspiraciones son distintos. Es también una consecuencia necesaria de este estado de cosas, el que siempre que comienza el lenguaje la confusión empieza, puesto que diferenciándose siempre en algo las diversas constituciones de los hombres, la manera de concebir las cosas de cada uno de ellos es siempre distinta de las concepciones de los otros. Esto que es verdad en lo referente á asuntos ordinarios, se hace todavía más evidente en cuestiones relacionadas con lo oculto, acerca de las cuales la mayor parte de los hombres sólo poseen ideas falsas, y es dudoso, si la pronunciación de una sentencia tan sólo no daría origen á disputas y á interpretaciones falsas. Las únicas verdades que se hallan fuera del alcance de toda disputa, son las verdades absolutas, y éstas no necesitan ser pronunciadas, pues son evidentes por sí mismas; el expresarlas por medio del lenguaje equivale á decir lo que

todo el mundo sabe y que nadie pone en tela de juicio: el decir, por ejemplo, que Dios es la causa de todo bien, equivale sencillamente á que simbolicemos al origen desconocido de todo bien, con la palabra «Dios».

Toda verdad relativa refiérese únicamente á las personalidades inestables de los hombres, y nadie puede conocer la Verdad en el Absoluto, excepto aquel que elevándose por encima de la esfera del yo y del fenómeno llega á la región de lo *Real*, eterno é inmutable. El hacer esto, es en cierto sentido morir para el mundo; ó lo que es lo mismo, desembarazarse por completo de la noción del yo, lo cual es tan sólo una ilusión, y llegar á ser uno mismo con lo Universal, en cuyo seno ni el menor sentimiento de separación existe. Si estás dispuesto á morir así, puedes penetrar por la puerta en el santuario de la ciencia oculta; pero si las ilusiones de los mundos exteriores, y sobre todo, si la ilusión de tu propia

existencia personal te atrae, en vano buscarás el conocimiento de aquello que existe por sí mismo, y que es por completo independiente de toda relación á las cosas: que es el eterno centro del cual todo procede y al cual todo vuelve, que es el centro flamígero; el *Padre*, á quien nadie puede acercarse más que el *Hijo*, la *Luz*, la *Vida* y la *Verdad Suprema*.





# IV

## La Doctrina Secreta

El fundamento de la entera Doctrina Secreta, fundamento del cual resulta el conocimiento de los más profundos misterios del universo, es tan sencillo, que su significación puede comprenderla un niño, pero en razón de su simplicidad es universalmente desdeñado y no comprendido por aquellos que anhelan por lo complejo y por las ilusiones. *Ama á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo.* Un conocimiento práctico de esta verdad es todo cuanto se requiere para entrar en el templo en

donde puede uno obtener la sabiduría divina.

No podemos conocer la causa de todo bien, á menos de aproximarnos á ella; y no podemos aproximarnos á ella, á menos de que la amemos y de que por nuestro amor seamos á ella atraídos. No podemos amarla á no ser que la sintamos, y no podemos sentirla á menos de que exista en nosotros mismos. Para amar al bien, debemos ser nosotros mismos buenos; para amar al bien sobre todas las cosas, el sentimiento de verdad, el de justicia y el de armonía deben sobrepujar y absorber á cada uno de los otros sentimientos; debemos cesar de vivir en la esfera del yo, que es la del mal, y empezar á vivir en el seno del elemento divino de la humanidad como en un todo; debemos amar aquello que es divino en la humanidad, tanto como á aquello que dentro de nosotros mismos es divino. Si es alcanzado este estado supremo, en el cual ha-

bremos olvidado por completo nuestros egos intelectual y animal, y en que gracias á nuestró amor á Dios. nos habremos convertido en uno mismo con Dios, no existirán entonces secretos ningunos ni en los cielos ni en la tierra, que sean inaccesibles para nosotros.

¿Qué es el conocimiento de Dios más que el conocimiento del bien y del mal? Dios es la causa de todo bien, y el bien es el origen del mal. El mal es la reacción del bien en el mismo sentido en que las tinieblas son la reacción de la luz. El fuego divino del cual procede la luz no es causa de la menor obscuridad, pero la luz que radía del centro flamígero, no puede llegar á manifestarse sin la presencia de las tinieblas, ni sin la presencia de la luz serían las tinieblas conocidas.

Existen por consiguiente, dos principios: el principio del bien y el principio del mal, brotando ambos de la misma raíz, en la cual no existe,

como quiera que sea, mal ninguno; sólo reside en ella el bien absoluto é inconcebible. Es el hombre un producto de la manifestación del principio del bien y únicamente en el bien puede encontrar la felicidad, puesto que la condición que necesita todo sér para ser feliz, es el vivir en el elemento al cual su naturaleza pertenece. Aquellos que han nacido en el bien serán felices en el bien; aquellos que han nacido para el mal, nada desearán más que el mal. Aquellos que han nacido en la luz, buscarán la luz, y los que pertenecen á las tinieblas, sólo buscarán las tinieblas. Siendo el hombre un hijo de la luz, no será feliz durante tan largo tiempo como exista en su naturaleza una sombra de tinieblas. El hombre cuyo principio fundamental es el bien, no encontrará la paz mientras exista en su interior una chispa tan sólo de mal.

El alma del hombre es á manera de un jardín, en el cual existen sembra-

das un número casi infinito de semillas diferentes. Estas semillas pueden dar origen á plantas bellas y saludables las unas, y las otras á plantas deformes y nocivas. El fuego del cual estas plantas reciben el calor necesario para su desarrollo, es la voluntad. Si la voluntad es buena, desarrollará plantas bellas; si es mala, dará lugar á que crezcan plantas deformes. El principal objeto de la existencia del hombre en esta tierra, es la purificación de la voluntad y el cultivo de la misma hasta que se convierte en una enérgica potencia espiritual. El único medio para purificar la voluntad, es la acción, y para lograrlo, todas nuestras acciones tienen que ser buenas, hasta que el obrar bien se convierte en una mera cuestión de costumbre, cuando en la voluntad cesa de existir todo deseo hacia el mal.

¿De qué provecho sería para tí el conocer intelectualmente los misterios de la Trinidad y el poder hablar

sabiamente acerca de los atributos del Logos, si en el altar de tu corazón no ardiese el fuego del amor divino, y si la Luz del Cristo no brillase en tu templo? Tu inteligencia abandonada por el espíritu que da la vida se desvanecerá y perecerá, y con ella perecerás tú, á menos que la llama del amor espiritual arda en tu corazón con la luz de la conciencia eterna. Si no estás en posesión del amor hacia el bien, más te vale permanecer sumido en la ignorancia, porque así, pecarás ignorantemente y no serás responsable por tus actos; pero aquellos que la verdad conocen, y que la desprecian á causa de su mala voluntad, son los que sufrirán, puesto que cometen un «pecado imperdonable», conscientemente y á sabiendas, el pecado contra la verdad santa y espiritual. Al verdadero Rosacruz, cuyo corazón arde con el fuego del amor divino hacia el bien, la luz del mismo iluminará su mente, le inspirará buenos sentimien-

tos y le hará llevar á efecto buenas acciones. No necesitará de maestro mortal alguno que le enseñe la verdad, porque se encontrará penetrado por el espíritu de sabiduría, que es quien será su verdadero Maestro.

Todas las ciencias y artes mundanas son despreciables y pueriles ante la excelencia de esta sabiduría divina. La posesión de la sabiduría del mundo no tiene valor ninguno permanente; pero la posesión de la sabiduría divina, es imperecedera y eterna. No puede en manera alguna existir la sabiduria divina sin el amor divino, porque la sabiduría es la unión del saber espiritual con el amor espiritual, de lo que resulta el poder espiritual. Aquel que no conoce el amor divino, no conoce á Dios, porque Dios es la fuente y el centro flamígero del amor. Y por esto se ha dicho que, aunque penetremos todos los misterios, poseamos el entero saber y hagamos obras buenas, si no poseemos

amor divino ninguno, no nos sirve de nada; puesto que únicamente por medio del amor es como podemos conquistar la inmortalidad.

¿Qué es el amor? Un poder universal que procede del centro, del cual el Universo ha sido desenvuelto. En los reinos elemental y animal obra á manera de fuerza ciega de atracción; en el reino vegetal obtiene los rudimentos de los instintos, que en el reino animal se desarrollan por completo; en el reino animal se convierte en pasión, la cual si obra en la dirección debida, hacia su fuente eterna, elevará al hombre hasta un estado divino; pero si es pervertida, le conducirá á la destrucción. En el reino espiritual, es decir, en el del hombre regenerado, el amor se transforma en un poder espiritual, consciente y viviente. Para la mayoría de los hombres de nuestra civilización actual el amor no es más que un sentimiento, y el amor verdaderamente divino y poderoso es casi

desconocido entre la humanidad. Aquel sentimiento superficial al que los hombres llaman amor, es un elemento semi-animal, débil é impotente: pero, sin embargo, lo suficiente poderoso para guiar ó extraviar á la humanidad. Podemos elegir entre amar á una cosa ó no amarla, pero un amor tan superficial no penetra más allá de los estados superficiales del alma del objeto amado. El poseer el amor divino, no depende de la elección, es un don del espíritu que reside en lo interior; es un producto de nuestra propia evolución espiritual, y únicamente los que han llegado á aquel estado pueden poseerlo. No es posible que nadie conozca lo que es este amor espiritual y divino más que aquel que ha alcanzado este estado de existencia; pero aquel que lo ha obtenido sabe que es un poder omni-penetrante que brotando del centro del corazón y penetrando en el corazón de aquello que se ama, evoca á la vida á los gér-

menes de amor allí contenidos. A este *Amor* espiritual, llámale, si te parece mejor, *Voluntad* espiritual, *Vida* espiritual, *Luz* espiritual, pues es todo esto y mucho más; porque todos los poderes espirituales brotan de un solo centro eterno, y culminan por fin otra vez en un poder á manera del vértice de una pirámide de muchos lados. A este punto. á este poder, á este centro, á esta luz, á esta vida, á este todo se le llama Dios, la causa de todo bien, aunque su palabra es un mero vocablo sin significación ninguna para aquellos que no están en posesión de la misma, y que ni siquiera pueden concebirla, pues ni sienten ni conocen á Dios en sus propios corazones.

¿Cómo podemos obtener este poder espiritual de amar, de buena voluntad, de luz y de vida eterna? No podemos amar una cosa á menos de que sepamos que es buena; no podemos conocer si una cosa es buena ó mala

sin sentirla; no podemos sentirla á menos de aproximarnos á ella: no podemos aproximarnos á una cosa si no la amamos, y giraríamos eternamente en un círculo vicioso sin acercarnos jamás á la eterna verdad, si no fuera por la influencia continua del Sol Espiritual de Verdad, que al centro del corazón humano lanza sus rayos, y atrayéndolo instintiva é inconscientemente, transforma al movimiento circular en movimiento en espiral, arrastrando de este modo, gracias á la «Luz de Gracia», á los hombres hacia aquel centro, á pesar y en contra de sus propias inclinaciones.

Se ha dicho que la inclinación del hombre hacia el mal es más fuerte que la que experimenta hacia el bien, y esto es indudablemente cierto, puesto que en el estado presente de la evolución del hombre, sus actividades y tendencias animales son todavía muy fuertes, mientras que sus principios más espirituales y elevados, no se han

desarrollado lo suficiente para poseer la conciencia de sí mismos y la fuerza consiguiente. Pero mientras las inclinaciones animales del hombre son más enérgicas que sus propios poderes espirituales, la luz eterna y divina que le atrae hacia el centro es mucho más poderosa. y á menos de que el hombre resista al poder del amor divino, prefiriendo ser atraído al mal, será atraído continua é inconscientemente hacia el centro de amor. Por lo tanto, el hombre, aunque hasta cierto punto es víctima indefensa de poderes invisibles, es, sin embargo, hasta el punto en que hace uso de su *razón*, en cierta manera un agente libre; pero hasta que su razón es perfecta no puede ser por completo libre, y su razón puede únicamente convertirse en perfecta si vibra al unísono y en armonía con la Razón Divina (universal). *El hombre por lo tanto sólo puede llegar á ser completamente libre obedeciendo á la Ley.*

Sólo puede existir una Razón Suprema, Una Ley Suprema, Una Sabiduría Suprema; en otras palabras: UN DIOS, porque la palabra Dios significa el punto culminante de todos los poderes, tanto espirituales como físicos que existen en el Universo; significa el Centro Único, del cual todas las cosas, todas las actividades, todos los atributos, facultades, funciones y principios han procedido, y en el cual todos ellos culminarán por fin. El hombre sólo puede esperar la realización de su objeto mientras obre siempre en armonía con la ley universal, puesto que la teoría universalmente reconocida de la supervivencia de los más aptos, y la verdad absoluta de que el fuerte es más fuerte que el débil, son tan ciertas en el reino del espíritu como en el reino de la Mecánica. Una gota de agua no puede por sus propios esfuerzos discurrir en sentido contrario al de la corriente en la cual existe, ¿y qué es el hombre, con

toda su vanidad y pretensiones á la sabiduría, más que una gota en el océano de la vida universal?

Para poder obedecer á la Ley, necesitamos aprender á conocerla; pero ¿en dónde puede uno esperar aprender la ley pura y la ley adulterada, más que en el estudio de la naturaleza espiritual y material, ó sea en sus aspectos interno y externo? Sólo existe *Un* Libro, que necesita estudiar el ocultista, y en el cual la totalidad de la *Doctrina Secreta*, con todos los misterios, que conocen únicamente los Iniciados, se halla contenida. Es un libro que jamás ha sufrido falsificaciones ni traducciones erróneas; es un libro que nunca ha sido objeto de fraudes piadosos ni de interpretaciones absurdas; es un libro que, sin el menor desembolso, cualquiera y en cualquier lugar puede obtenerlo. Está escrito en un lenguaje que todos pueden comprender, importando bien poco cual sea su nacionalidad. El tí-

tulo de este libro es M., significando: *El Macrocosmo y el Microcosmo de la Naturaleza reunidos en un volumen.* El poder leer este libro correctamente exige poderlo hacer no sólo con el ojo de la inteligencia, sino que es necesario además leerlo con el ojo del Espíritu. Si sus páginas son iluminadas solamente por la fría luz de la luna, por la luz del cerebro, parecerán muertas, y aprenderemos únicamente lo que en su superficie figura impreso; pero si la luz divina del amor ilumina sus páginas radiando del centro del corazón, comenzarán ellas á vivir, y los siete sellos con que algunos de sus capítulos están sellados, serán rotos, y levantados unos velos tras otros, conoceremos los misterios divinos que el Santuario de la Naturaleza contiene.

Sin esta luz divina del amor, es inútil intentar penetrar en las tinieblas en donde los más profundos misterios permanecen. Aquellos que estudian á

la naturaleza con la mera luz externa de los sentidos, nada conocerán de ella más que su máscara exterior; en vano pedirán se les enseñen los misterios que únicamente con la luz del espíritu pueden ser contemplados; porque la luz del espíritu ha brillado eternamente en las tinieblas, pero las tinieblas no la comprendieron.

¿En dónde podemos esperar encontrar esta luz del espíritu, más que en el interior de nosotros mismos? El hombre nada puede conocer excepto aquello que ya dentro de sí mismo existe. No puede ver, oir ni percibir ninguna cosa externa; puede únicamente contemplar las imágenes y experimentar las sensaciones á que den lugar los objetos exteriores en su conciencia. Todo cuanto pertenece al hombre, excepto su forma externa, es un epítome, una imagen, una contraparte del universo. El hombre es el Microcosmo de la naturaleza, y en él se halla contenido, ó germinalmente,

ó en un estado más ó menos desarrollado, todo cuanto la naturaleza contiene. En él residen Dios, Cristo y el Espíritu Santo. En él la Trinidad se halla contenida, y los elementos de los reinos mineral, vegetal, animal y espiritual; él contiene el Cielo, el Infierno y el Purgatorio; todo en él se halla contenido, porque es la imagen de Dios, y Dios es la causa de cada una de las cosas que existen, y nada existe que no sea una manifestación de Dios, y acerca de lo cual pueda dejar de decirse en cierto sentido que sea Dios ó la substancia de Dios.

La totalidad del universo y todo cuanto el mismo contiene, es la manifestación exterior de aquella Causa ó Poder interno, al cual los hombres llaman «Dios». Para estudiar las manifestaciones externas de aquel poder, tenemos que estudiar las impresiones que producen en el interior de nosotros mismos. Nada podemos conocer, sea lo que sea, fuera de lo que existe

dentro de nosotros mismos, y por lo tanto, aun el estudio de la naturaleza externa no es ni puede ser nada más que el estudio del yo, ó en otras palabras, el estudio de las sensaciones internas á que causas externas han dado lugar dentro de nosotros mismos. No puede el hombre positivamente y en manera alguna, conocer nada excepto aquello que ve, siente ó percibe en el interior de sí mismo; todos sus llamados conocimientos acerca las cosas exteriores, son meras especulaciones y suposiciones, ó todo lo más, verdades *relativas*.

Si no es posible que el hombre conozca nada respecto á las cosas externas, excepto aquello que ve, siente ó percibe dentro de sí mismo, ¿cómo es posible que pueda saber nada en lo referente á las cosas internas, como no sean sus manifestaciones en su propio interior? Todos aquellos que buscan un Dios externo, mientras que niegan á Dios en sus corazones,

le buscarán en vano; todos aquellos que profesan adorar á un rey desconocido de la creación, mientras ahogan al rey recién nacido en la cuna de sus propios corazones, adoran á una mera ilusión. Si deseamos conocer á Dios y obtener la Sabiduría Divina, tenemos que estudiar la actividad del Divino Principio en el interior de nuestros corazones, escuchar su voz con el oído de la inteligencia y leer sus palabras con la luz de su amor divino, porque el único Dios acerca del cual puede el hombre conocer algo, es su propio Dios personal, uno é idéntico con el Dios del Universo. En otras palabras, es el Dios universal entrando en relación con el hombre, en el mismo hombre, y alcanzando personalidad por medio del organismo al cual llamamos hombre; y así es como Dios se convierte en hombre, y el hombre se transforma en Dios, convirtiéndose de este modo el hombre en un Dios, cuando

obtiene el conocimiento perfecto de su propio Ego divino, ó en otras palabras, cuando Dios se ha hecho consciente de sí mismo y ha logrado en el hombre el conocimiento de sí mismo.

No puede, por lo tanto, existir Sabiduría Divina ninguna sin el conocimiento del propio yo Divino de uno mismo, y aquel que ha encontrado su propio ego Divino se ha convertido en sabio. No vayan nuestros especuladores científicos y teológicos á ser lo bastante presumidos para figurarse que han encontrado á su propio y Divino Ego. Si lo hubiesen encontrado estarían en posesión de poderes Divinos, á los que llaman los hombres « Sobrenaturales », porque han llegado á ser casi desconocidos entre la humanidad. Si los hombres hubiesen encontrado sus propios Egos Divinos, no necesitarían ni más predicadores ni más doctores, ni más libros, ni más instrucciones que su propio Dios interno; pero la sabiduría de nuestros

sabios no es de Dios; procede de libros y fuentes externas y falibles. Aquel sentimiento del *Ego* que los hombres experimentan en sí mismos, y al cual llaman su propio «yo», no es el del ego Divino, es el de su yo animal ó intelectual, en el que su conciencia se halla concentrada, y en cada hombre existen un gran número de variedades de estos *egos* ó *yos*. Estos perecerán todos, y tienen que desaparecer, antes de que el *Yo Divino*, que es universal y omnipresente, pueda entrar en existencia en el hombre. Los hombres no conocen á sus propios *yos*, animal y semi-animal, de otra manera su aparición les llenaría de horror. Los nombres de la ambición principal de muchos hombres, son envidia ó codicia, sibaratismo ó dinero, etc., etc. Estos son los poderes ó dioses que gobiernan á los hombres y á las mujeres, y á los cuales los hombres se agarran. á los cuales abrazan y acarician, y á los cuales consideran

como á sus propios *yos*. Estos *yos* ó egos asumen en cada alma de hombre una forma que corresponde á su carácter, porque cada carácter corresponde á, ó produce una forma. Pero estos yos son ilusorios. Carecen ellos de vida propia, y se alimentan del principio de vida en el hombre; viven gracias á su voluntad, y perecen con la vida del cuerpo ó pronto después. Lo que en el hombre es únicamente inmortal, aquello que ha existido siempre y que para siempre existirá, es el Espíritu Divino, y únicamente aquellos elementos del hombre que son perfectos y puros, y que se han unido con el espíritu, continuarán viviendo en él y por medio de él.

Este ego divino no experimenta el sentimiento de separación, que domina á nuestros yos inferiores, es universal como el espacio, no establece distinción alguna entre sí mismo y cualquier otro de los seres humanos, se ve á sí mismo, y se reconoce él mis-

mo en todos los demás seres, vive y siente en otros, pero no muere con los otros, porque siendo ya perfecto, no requiere ya más transformaciones. Este es el Dios ó Brahm, á quien únicamente puede conocer el que se ha convertido en divino, es el *Cristo* que jamás puede ser comprendido por el *Antecristo*, que lleva sobre su frente el signo de la *Bestia*, que simboliza el Intelectualismo sin Espiritualidad ó la ciencia sin amor divino. Este Dios puede ser conocido únicamente por medio del poder de la Fe verdadera, la cual significa sabiduría espiritual, la cual penetra hasta el centro ardiente de amor que en el propio corazón de uno existe. Este es el centro de Amor, de Vida y de Luz, el origen de todos los poderes; en él se hallan contenidos todos los gérmenes y misterios, fuente de la revelación divina; y si encuentras tú la luz que desde aquel centro radía, no necesitarás más enseñanzas, pues habrás encon-

trado la vida eterna y la verdad absoluta.

El gran error de nuestra época intelectual es el que crean los hombres poder llegar al conocimiento de la verdad por mera especulación intetelectual, científica, filosófica ó teológica y con sólo el raciocinio. Esto es falso por completo, porque si bien un conocimiento de la teoría oculta debe preceder á la práctica, sin embargo, si la verdad de una cosa no es confirmada, experimentada y realizada por medio de la práctica; un mero conocimiento de la teoría no sirve de nada. ¿De qué le servirá á un hombre el hablar mucho acerca del amor y el repetir á manera de papagayo lo que ha oído, si no siente en su corazón el poder divino del amor? ¿De qué le servirá á uno el hablar sabiamente acerca de la sabiduría mientras no sea él un sabio? Nadie puede llegar á ser un buen artista, músico, soldado ú hombre político con sólo

leer libros; el poder no es obtenido por la mera especulación, sino que requiere práctica. Para conocer el bien, tenemos que pensar y obrar el bien; para experimentar la sabiduría, tenemos que ser sabios. Un amor que no encuentra expresión alguna en acciones, no obtiene ninguna fuerza; una caridad que sólo en nuestra imaginación existe, permanecerá siempre imaginaria, á menos qüe sea expresada por medio de actos. Siempre que tiene lugar una acción, una reacción es la consecuencia. Por lo tanto, la práctica de buenas acciones robustecerá nuestro amor al bien, y en donde un tal amor exista, se manifestará en forma de acciones buenas.

Aquel que obra mal porque no sabe como obrar bien, es digno de compasión; pero aquel que sabe como obrar bien, y que intelectualmente está convencido de que debe obrar así, y sin embargo obra mal, es digno de condenación. Es, por lo tanto, peli-

groso para los hombres el recibir instrucción, en lo que á la vida superior se refiere, durante tan largo tiempo como su voluntad es mala, puesto que después de saber distinguir entre el bien y el mal, si á pesar de esto escogen el sendero del mal, su responsabilidad es todavía mucho mayor. Estas cartas no hubieran sido jamás escritas, si no se hubiese esperado que al menos algunos de los lectores no se limitarían á comprender intelectualmente su contenido, sino que entrarían en el camino práctico, cuya puerta es el conocimiento del yo, que conduce por fin á la unión con Dios, y cuya consecuencia primera es el reconocimiento del principio de la *Fraternidad Universal de la Humanidad.*



V

## Los Adeptos

En tu contestación á mi carta última, has manifestado la opinión de que el *exponente* de *espiritualidad* (significando intelectualidad y moralidad combinadas) exigido por nuestro sistema de filosofía, es en exceso elevado para que el hombre pueda alcanzarlo, y dudas tú si alguien ha llegado alguna vez á él. Permite que te diga, que muchos de aquellos á quienes la Iglesia Cristiana llama santos, y otros muchos que no han permanecido jamás á aquella Iglesia y á quienes se acostumbra á llamar «pa-

ganos», han obtenido aquel estado, y por lo tanto han alcanzado poderes espirituales que les han permitido llevar á cabo cosas bien extraordinarias, llamadas milagros.

Si examinas la historia de las vidas de los santos, encontrarás en ellas una gran cantidad de cosas grotescas, fabulosas y falsas, puesto que aquellos que escriben las leyendas conocen bien poco ó nada acerca de las leyes misteriosas de la naturaleza; ellos han registrado fenómenos que han tenido lugar, ó que por lo menos se cree que han sucedido; pero no pueden ellos explicar las causas que les han dado origen, y han inventado las explicaciones que les han parecido más probables ó creíbles, según su manera de pensar. Pero entre todos estos escombros. encontrarás una gran parte de verdad. lo cual viene á demostrar que aun la misma inteligencia de personas sin ilustración ninguna, puede ser iluminada por la sa-

biduría divina, si aquella persona vive pura y santamente. Verás como en muchas ocasiones, frailes y monjas, pobres é ignorantes, y según el mundo, sin instrucción ninguna, alcanzaron una sabiduría tal, siendo consultados por Papas y Reyes en asuntos importantes, y como muchos de ellos lograron el poder de abandonar sus cuerpos físicos para visitar lugares distantes en sus cuerpos espirituales, formados por la substancia del pensamiento, y llegar hasta aparecer en forma material en puntos remotos. Las ocurrencias de esta especie han sido tan numerosas, que si leemos sus relaciones, cesarán de parecer extraordinarias, y será de todo punto innecesario el mencionar ninguno de estos casos, puesto que todos ellos son ya bien conocidos. En la *Vida de Santa Catalina de Sena*, en la de *San Francisco Javier* y en muchos otros libros encontrarás la descripción de semejantes incidentes. La historia

profana rebosa también de narraciones referentes á hombres y mujeres extraordinarios, y me limitaré á recordarte la historia de Juana de Arco, que poseyó dones espirituales, y la de Jacobo Bœhme, el zapatero ignorante, al cual la sabiduría divina iluminaba.

Dudamos si puede existir nada más absurdo que el intentar argüir y disputar acerca de semejantes cosas con un escéptico ó materialista que niega sean posibles. El intentarlo equivaldría á disputar acerca de la existencia de la luz, con un ciego de nacimiento, ni puede ningún tribunal de ciegos fallar acerca de si la luz existe ó no existe. Sin embargo, ha existido y todavía existe, y podemos nosotros darles á los ciegos una idea de la misma, pero no podemos probársela científicamente, durante tanto tiempo como permanezcan ciegos á la razón y á la lógica.

En muchos puntos del mundo han

sido las gentes degradadas hasta un punto tal por la «civilización moderna», que ha llegado á ser para ellos completamente incomprensible el que una persona pueda verificar acto alguno, sea el que fuere, excepto con el objeto de ganar dinero, obtener comodidades ó por afición al lujo; el único móvil de su vida, es el hacerse ricos, comer, beber, dormir y volver á comer, y gozar de todo el *confort* de la vida externa. Sin embargo, semejantes personas no son felices; viven en un estado de fiebre y excitación contínuas, corriendo siempre tras de sombras que desaparecen en cuanto se acercan, ó que crean deseos más violentos hacia otras sombras, si son asimiladas y absorbidas.

Pero afortunadamente, existen todavía otros en quienes la centella divina de espiritualidad no ha sido velada por la humareda del materialismo, y algunos existen en quienes esta centella se ha convertido en una

llama, gracias al soplo del Espíritu Santo, emitiendo una luz que ilumina á sus inteligencias y que hasta penetra á sus cuerpos físicos ; de un modo tal, que aun un observador superficial puede ver que el carácter de estas personas es extraordinario.

Personas semejantes existen en distintas partes del mundo, y constituyen una *Fraternidad*, cuya existencia es conocida sólo por muy pocos, ni es de desear que cualesquiera detalles acerca de esta Fraternidad sean conocidos públicamente, puesto que semejantes noticias no harían más que excitar la envidia y la cólera del ignorante y del malvado y poner en actividad una fuerza, que ningún daño causaría á los Adeptos, pero sí á aquellas voluntades perversas que contra los Adeptos se levantarían.

Sin embargo, como tú deseas conocer la verdad, no por curiosidad frívola, sino por el deseo de se-

guir el camino de la misma. me es permitido darte las noticias siguientes: (1)

Los Hermanos de quienes hablamos, viven desconocidos para el mundo; la historia nada sabe acerca de los mismos, y sin embargo, son ellos los más grandes de entre toda la humanidad. Los monumentos que en honor de los conquistadores del mundo han sido erigidos, se habrán convertido en polvo; reinos y tronos habrán cesado de existir, pero estos elegidos vivirán todavía. Llegará un tiempo, en que el mundo quedará convencido de la indignidad de las ilusiones externas, y empezará á estimar sólo aquello que es digno de ser apreciado; entonces será conocida la existencia de los Hermanos y se apreciará su sabiduría. Los nombres de los grandes de la tierra están escritos en el polvo, los

(1) La carta original de donde se ha extractado lo que sigue, fué escrita por Karl von Eckartshansen, en Munich, el año 1792.

nombres de estos Hijos de la Luz inscritos están en el Templo de la Eternidad. A estos Hermanos yo te haré conocer, y podrás tú convertirte en uno de ellos.

Estos Hermanos están iniciados en los misterios de la religión, pero no vayan á comprenderme mal, ni á suponer que pertenecen ellos á alguna sociedad secreta exterior, como las que acostumbran á profanar lo que es sagrado, por la verificación de ceremonias externas, y cuyos miembros se llaman á sí mismos Iniciados. ¡No! El espíritu de Dios únicamente es quien puede iniciar al hombre en la Sabiduría Divina é iluminar su inteligencia. El hombre puede únicamente guiar al hombre al altar en donde arde el fuego divino, el segundo debe llegar á él por sí mismo; si desea ser iniciado, debe por sí mismo hacerse digno de obtener dones espirituales, él mismo debe beber en la fuente, que para todos existe, y de la cual nadie

es excluído más que aquellos que á sí mismos se excluyen.

Mientras los ateos, materialistas y escépticos de nuestra civilización moderna falsean la palabra «Filosofía», con objeto de preconizar como sabiduría divina las elucubraciones de sus propios cerebros, estos Hermanos viven tranquilamente bajo la influencia de una luz más elevada, y construyen un templo para el eterno espíritu, un templo que continuará existiendo después de que más de un mundo habrá perecido. Su trabajo consiste en cultivar los poderes del alma; ni el torbellino del mundo externo ni sus ilusiones les afectan; leen las letras vivientes de Dios en el libro misterioso de la naturaleza; ellos reconocen y gozan de las armonías divinas del universo. Mientras los sabios del mundo procuran reducir á su propio nivel intelectual y moral todo lo que es sagrado y exaltado; estos Hermanos se elevan al plano de la luz divina, y en-

cuentran en él todo cuanto en la naturaleza es bueno, verdadero y bello. Son ellos los que no se limitan á creer meramente, sino que conocen la verdad por contemplación espiritual ó Fe, y sus obras hállanse en armonía con su Fe, porque ellos obran bien por amor al bien y porque saben qué es el bien.

No creen que pueda un hombre convertirse en un verdadero Cristiano por la mera profesión de una cierta creencia, ó por unirse á una iglesia Cristiana en el sentido literal de la palabra. Convertirse en un verdadero Cristiano significa convertirse en un Cristo, elevarse por encima de la esfera de personalidad, é incluir y poseer en el seno del yo propio y divino de uno mismo, todo cuanto existe en los cielos ó sobre la tierra. Es un estado que se halla fuera de la concepción de aquel que no lo ha alcanzado; significa una condición en la cual uno es actual y conscientemente un templo

en donde la Trinidad Divina, con todo su poder, reside. Unicamente en esta luz ó principio al cual nosotros llamamos Cristo, y al cual otras naciones conocen con otros nombres, podemos encontrar nosotros la verdad. Entra en aquella luz, y aprenderás á conocer á los Hermanos que en la misma viven. En aquel santuario residen todos los poderes y los llamados medios sobrenaturales, por cuyo medio la humanidad puede recibir la energía necesaria para que quede restablecido el lazo, en la actualidad quebrantado, que en épocas remotas unía al hombre con la fuente divina de la cual procede. Si los hombres conociesen tan sólo la dignidad de sus propias almas y las posibilidades de los poderes que latentes en las mismas permanecen, el deseo tan sólo de encontrar sus propios egos, les llenaría de temor respetuoso.

Sólo existe un Dios, una verdad, una ciencia y un camino para llegar á

ella, á este camino se le da el nombre de religión, y por lo tanto, sólo existe una religión práctica, aunque existan mil teorías diferentes. Todo cuanto se necesita para obtener un conocimiento de Dios, está contenido en la naturaleza Todas cuantas verdades la religión de verdad puede enseñar, han existido desde el principio del mundo y existirán hasta que el mundo concluya. Entre todas y cada una de las naciones de este planeta, ha brillado siempre la luz en las tinieblas, á pesar de que las tinieblas no la han comprendido. En algunos puntos esta luz ha sido muy brillante, en otros menos, en proporción á la facultad receptiva del pueblo y á la pureza de su voluntad. Siempre que ha encontrado una receptividad grande, ha aparecido con gran resplandor y ha sido percibida en un estado mayor de concentración según la capacidad de los hombres para percibirla. La verdad es universal y no puede ser monopolizada por

hombre alguno, ni por ninguna colectividad de hombres; los misterios más augustos de la religión, tales como la *Trinidad*, la *caída* ó diferenciación de la mónada humana, su *Redención* por amor, etc., se encuentran tanto en los antiguos sistemas religiosos como en los modernos. El conocimiento de los mismos es el conocimiento del universo; en otras palabras: es la *Ciencia Universal*, una ciencia que es infinitamente superior á todas las ciencias materiales del mundo, cada una de las cuales entra todo lo más en algún detalle ínfimo de la existencia, pero que deja á las grandes verdades universales, en las que toda existencia se funda, fuera de consideración, y hasta trata quizás á semejantes conocimientos con desprecio, porque sus ojos están cerrados á la luz del espíritu.

Las cosas externas pueden ser examinadas con la luz externa; las especulaciones intelectuales requieren la luz de la inteligencia, pero la luz del

espíritu es indispensable para la percepción de las verdades espirituales, y una luz intelectual sin la iluminación espiritual conducirá á los hombres al error. Aquellos que deseen conocer verdades espirituales, deben buscar la luz en el interior de sí mismos, y no esperar que la obtendrán por ninguna especie de formas ó ceremonias externas; únicamente, cuando dentro de sí mismos habrán encontrado ellos á Cristo, serán dignos del nombre de Cristiano. (1)

Esta era la religión práctica, la ciencia y el saber de los sabios antiguos largo tiempo antes de que la palabra Cristianismo fuese conocida; *era también la religión práctica de los primitivos cristianos*, que eran gentes iluminadas espiritualmente y verdaderos secuaces de Cristo. Sólo en proporción

(1) En alemán un *Cristo*, significa un *Cristiano*, y también uno que es una encarnación del principio-Cristo; ambas palabras son idénticas y ninguna diferencia se hace entre un *Cristiano* y un *Cristo*.

á como el Cristianismo se hizo popular y, por consiguiente, comprendió erróneamente el sistema de religión, las interpretaciones falsas han suplantado á las verdaderas doctrinas, y los símbolos sagrados han perdido su significación verdadera. Organizaciones eclesiásticas y sociedades secretas se han apropiado por sí mismas las formas y alegorías exteriores, fraudes eclesiásticos, y misticismo han usurpado el trono de la religión y de la verdad. Los hombres han destronado á Dios, y se han colocado ellos mismos en el trono. La ciencia de semejantes hombres no es sabiduría ; sus experiencias prácticas hállanse limitadas por sus sensaciones corpóreas; su lógica, hállase fundada en argumentos que son fundamentalmente falsos, jamás han conocido ellos las relaciones existentes entre el Infinito Espíritu y el hombre finito ; ellos se arrogan á sí mismos poderes divinos, que no poseen, induciendo así á los hombres á

que busquen en ellos la luz, la cual puede únicamente encontrarse en el interior de uno mismo; ellos engañan al hombre con esperanzas falsas, y aletargándole en una falsa seguridad, le conducen á la perdición.

Un tal estado de cosas es la consecuencia necesaria del poder exterior que las modernas iglesias han alcanzado. Demuestra la historia que á proporción como una iglesia ha aumentado en poder externo, ha disminuído su poder interno. Ella ya no puede decir por más tiempo: « No poseo ni oro ni plata », y tampoco á los enfermos: « Levántate y anda ».

A menos que á los antiguos sistemas se les infunda una nueva vida, su decadencia es segura. Su disolución es sólo en exceso aparente en el desarrollo universal de las perniciosas supersticiones del materialismo, escepticismo y libertinaje. No puede á la religión infundírsele una tal vida nueva, dando fuerza al poder externo y autoridad

material del clero; debe serle infundida en su centro mismo. El poder central que da vida á todas las cosas y que á todas las pone en movimiento, es el *Amor*, y sólo estando penetrada por el amor, es como su religión puede ser fuerte y duradera; una religión fundada en el amor universal de la humanidad contendría los elementos de una religión universal.

A menos que el principio de amor sea prácticamente reconocido por la iglesia, no se desarrollará en su seno Cristo alguno, ni Adeptos ni guías espirituales verdaderos, y los poderes espirituales que los clérigos pretenden poseer existirán tan sólo en su imaginación. Cese el clero de las distintas denominaciones, de excitar el espíritu de intolerancia, desista de invitar al pueblo á la guerra y á la sangre, á disputas y querellas. Reconozcan que todos los hombres, pertenezcan á la nación que pertenezcan, y profesen la religión que profesen, tienen un solo

origen común, y que un solo destino colectivo es el que les espera, y que todos ellos son fundamentalmente uno, diferenciándose meramente en sus condiciones externas. Entonces, cuando se pensará más en el interés de la humanidad que en los intereses temporales de las iglesias, entonces la verdadera iglesia recobrará su poder interno; entonces se encontrarán de nuevo en la iglesia adeptos. Cristos y santos, otra vez se obtendrán dones espirituales, y hechos milagrosos se llevarán á cabo, los cuales serán más á propósito para convencer á la humanidad que todas las especulaciones teológicas acerca de que más allá del reino sensible de la ilusión material, existe un poder más elevado, universal y divino, y que, á aquellos que están en posesión del mismo, además de darles derecho de llamarse á sí mismos divinos, les hace realmente divinos y les permite llevar á efecto actos divinos.

La verdadera religión consiste en el reconocimiento de Dios, pero Dios no puede ser reconocido más que por medio de su manifestación, y aunque toda la naturaleza es una manifestación de Dios, sin embargo, el grado más alto de esta manifestación es la divinidad en el hombre. El hacer á todos los hombres divinos es el objetivo final de la religión, y el reconocer á la Divinidad Universal (Cristo) en todos, es el medio para lograr aquel fin. El reconocimiento de Dios significa el reconocimiento del universal principio de amor divino. Aquel que reconoce plenamente este principio, no meramente en teoría sino en la práctica, le serán abiertos sus sentidos internos, y su mente será iluminada por la Sabiduría Espiritual y Divina. Cuando todos los hombres hayan llegado á aquel estado, entonces la luz divina del espíritu iluminará al mundo y será reconocida del mismo modo que la luz del sol es universalmente vista. En-

tonces el saber substituirá á la opinión, la fe á la nueva creencia, y el amor universal dominará en lugar del amor personal. Entonces serán reconocidas en la naturaleza y en el hombre la majestad del Dios universal y la armonía de sus leyes. Y en las joyas que adornan al trono del Eterno, joyas que conocen los Adeptos, se verá resplandecer la Luz del Espíritu.





## VI

## Experiencias personales

Existen en la naturaleza misterios innumerables que desea el hombre descubrir. La creencia de que existen ciertas sociedades en posesión de secretos determinados que podrían, si quisiesen, comunicar á otras personas que no han llegado al grado de desarrollo espiritual de los que á las mismas constituyen, es una creencia errónea. El hombre que cree que el verdadero saber puede ser obtenido por medio de favores, en lugar de desenvolvimiento espiritual, cesa de esforzarse en lograr su propio desarrollo

y se une á sociedades secretas ó á iglesias, esperando con ello obtener algo que no se merece; pero siempre el final es para él un desencanto.

En el verano de 1787, estando yo sentado en uno de los bancos de los jardines cercanos al castillo de Burg en Munich, y pensando profundamente acerca de lo anterior, vi á un extranjero de aspecto digno é imponente, si bien vestido sin la menor clase de pretensiones, paseándose por una de las calles del jardín. Algo había en él que atrajo mi atención; quizás fué la tranquilidad suprema de su alma que se reflejaba en sus ojos. Su cabello era grís, pero su mirada era tan bondadosa, que cuando pasó por delante de mí, instintivamente llevé la mano al sombrero, saludándome él también de un modo bien amable. Me sentí impulsado á seguirle y á hablarle, pero no teniendo la menor excusa para hacerlo, me contuve, y el extranjero desapareció.

Al día siguiente, y poco más ó menos á la misma hora, volví al mismo sitio, esperando encontrar de nuevo al extranjero. Estaba allí, sentado en un banco y leyendo un libro; no me atreví á interrumpirle. Paseé durante un rato por el jardín, y cuando volví, el extranjero ya no estaba. Sin embargo, había dejado encima del banco un libro pequeño, que me apresuré á coger, esperando poder tener la oportunidad de devolvérselo, y con ello una ocasión para conocerle. Miré el libro, pero no pude leerlo, pues estaba escrito en caracteres caldeos. Sólo una breve sentencia, que figuraba en la página del título, estaba escrita en latín, la cual pude leer, y decía:

«Aquel que se levanta temprano en busca de la sabiduría, no tendrá que ir muy lejos para encontrarla, porque la encontrará sentada frente á su puerta». Los caracteres en que estaba impreso el libro eran muy hermosos, eran de un rojo muy brillante, y la

encuadernación del libro era de un *azul* magnífico.

El papel era finísimo, blanco y parecía emitir todos los colores del arco-iris, á manera del nácar. Un olor exquisito penetraba cada una de las hojas de aquel libro, y tenía también un cierre de oro.

Durante tres días consecutivos fuí á aquel lugar á las doce, con la esperanza de encontrar allí al extranjero, pero en vano. Por fin hice la descripción del mismo á uno de los guardas, y logré saber que se le veía con frecuencia á las cuatro de la mañana paseando por la orilla del Isar, cerca de una pequeña cascada, en un sitio llamado «el Prater». Fuí allí al día siguiente, y quedé sorprendido al verle leer otro libro pequeño parecido al que yo había encontrado. Me acerqué á él y ofrecí devolverle el libro, explicándole cómo había llegado á mis manos; pero me rogó lo aceptase en su nombre, y que lo considerase como

á un regalo de un amigo desconocido. Le dije que no podía leer su contenido, excepto el primer verso de la página primera; á lo cual contestó que todo cuanto decía el libro se refería á lo que aquella sentencia expresaba. Entonces le pedí yo que me explicase el contenido del libro.

Paseamos un rato por la orilla, y el extranjero me dijo muchas cosas importantes acerca de las leyes de la naturaleza. Había viajado mucho y poseía un verdadero tesoro de experiencias.

Cuando el sol comenzó á salir, dijo: «Voy á hacerle ver á usted algo curioso». Sacó entonces del bolsillo un frasco pequeño, y vertió en el agua unas pocas gotas del líquido que contenía, é inmediatamente las aguas del río comenzaron á brillar con todos los colores del arco iris, hasta una distancia de más de treinta pies de la orilla. Algunos trabajadores de las inmediaciones se acercaron y se admira-

ron del fenómeno. Uno de ellos estaba enfermo y padeciendo un reumatismo. El extranjero le dió algún dinero y ciertos consejos, y le dijo que si los seguía, en tres días estaría bueno. El obrero le dió las gracias; pero el extranjero le contestó: «No me des á mí las gracias, dalas al poder omnipotente del bien».

Entramos en la ciudad, y el extranjero me dejó, citándome para el día siguiente, pero sin decirme ni su nombre ni el lugar de su residencia. Le encontré de nuevo al día siguiente, y supe por él cosas de un género tal, que sobrepujaron por completo á todo cuanto podía figurarme. Hablamos acerca de los misterios de la naturaleza, y siempre que hablaba de la magnitud y grandeza de la creación, parecía estar penetrado de un fuego sobrenatural.

Me sentí algo confuso y deprimido ante su sabiduría superior, y me maravillaba al pensar como podía haber

adquirido sus conocimientos. El extranjero, leyendo mis pensamientos, dijo: «Veo no acaba de decidirse usted respecto á la especie de sér humano en qué clasificarme; pero yo le aseguro á V. que no pertenezco á ninguna sociedad secreta, aunque los secretos de todas las sociedades semejantes son bien conocidos para mí. Ahora tengo varias cosas que hacer; pero mañana le daré á V. más explicaciones».

«¿Tiene V. negocios?» exclamé yo. «¿Desempeña V. algún cargo público?»

«Querido amigo», contestó el extranjero, «el que es bueno siempre encuentra en qué ocuparse, y el hacer el bien es el más alto empleo que puede desempeñar el hombre y al cual puede aspirar». Con esto me dejó, y no le ví más durante cuatro días; pero al quinto me llamó por mi nombre, á las cuatro de la mañana, por la ventana de mi cuarto, y me invitó á dar

un paseo con él. Me levanté, me vestí, y salimos. Me dijo entonces algunas cosas acerca de su vida pasada, y entre ellas, que cuando tenía unos 25 años había trabado conocimiento con un extranjero, que le había enseñado muchas cosas y regalado un manuscrito que contenía enseñanzas notables. Este manuscrito me lo enseñó el extranjero, y lo leímos juntos. Lo siguiente lo constituyen algunos extractos del mismo.

*Nuevas Ruinas descubiertas del Templo de Salomón.* — « Así como la imagen de un objeto puede ser vista en el agua, del mismo modo los corazones de los hombres pueden ser vistos por el sabio; Dios te bendice, hijo mío, y te permite publicar lo que yo digo, para que con ello las gentes puedan recibir beneficios ».

*Filium Vitis* (Hijo de la Vid). — Uno de los Hermanos me ha enseñado el sendero hacia los misterios de la naturaleza; pero las ilusiones que flotan

á los lados del camino han llamado mi atención durante largo tiempo. y durante el mismo he permanecido detenido; pero por fin me convencí de la inutilidad de semejantes ilusiones, y he abierto mi corazón de nuevo á los cálidos rayos dispensadores de vida del amor divino, del gran sol espiritual. Entonces es cuando he reconocido la verdad de que la posesión de la sabiduría divina sobrepuja á la posesión de todo lo demás; y que aquello á lo cual los hombres llaman saber, es nada, y que nada es el hombre á menos que se convierta en un instrumento para la sabiduría divina. La divina sabiduría es desconocida para el sabio del mundo; pero algunas personas existen que la conocen. Océanos existen entre el país, en el cual viven los sabios y aquel que constituye la residencia de los hijos del error, y hasta que los hombres hayan acostumbrado sus ojos á la radiación de la luz divina, no será descubierta

la región en la que aquéllos viven. En su país es donde el templo de sabiduría existe, en el cual hay una inscripción que dice: «Este templo es sagrado, por la contemplación de las divinas manifestaciones de Dios en la naturaleza». Sin verdad no existe sabiduría ninguna, ni ninguna verdad sin bondad. La bondad se encuentra bien raras veces en el mundo, y por lo tanto, así las verdades como la llamada sabiduría del mundo, no son con frecuencia más que locuras.

Estamos nosotros libres de preocupaciones, y con los brazos abiertos recibimos á cada uno de los que á nosotros vienen y que llevan en sí mismos el sello de la divinidad. A nadie preguntamos si es Cristiano, Pagano ó Judío; todo cuanto exigimos de un hombre es que se mantenga fiel á su humanidad. El amor es el lazo de unión entre nosotros, y nuestro trabajo es en pro del bien de la humanidad. Por nuestras obras nos conoce-

mos unos á otros, y aquél que goza de la más elevada sabiduría es el que obtiene el grado más elevado. Ningún hombre puede recibir más de lo que merece. El amor divino y la ciencia, á cada uno se dan en proporción á su capacidad para amar y saber. La fraternidad de los sabios es unión para la eternidad en absoluto, y la luz del sol de la verdad eterna ilumina á su templo. La luz del sol calienta al cristal en el cual penetra; si se le separa de la luz, se enfría. Del mismo modo, la mente del hombre penetrada por el amor divino obtiene sabiduría; pero si se aparta de la verdad, la sabiduría se desvanece. Las sociedades secretas y sectarias han perdido la verdad, y la sabiduría ha desaparecido de entre las mismas. No aman ellas al hombre más que en proporción á como pertenece á su partido y sirve para sus intereses sectarios; ellas emplean símbolos y formas cuya significación no comprenden. De hijos de la luz se han

convertido en hijos de tinieblas, el templo de Salomón que sus antepasados estaban construyendo, está ahora destruído y no existe en él piedra sobre piedra; la mayor confusión reina ahora en sus doctrinas. Las columnas del templo han caído, y el lugar que ocupaba el santuario lo ocupan serpientes venenosas. Si deseas saber si lo que yo digo es ó no es la verdad, empuña la antorcha de la razón y entra en las tinieblas; contempla las acciones de las sociedades sectarias cometidas durante el pasado y el presente, y sólo verás egoísmo, superstición, crueldad y asesinato.

El número de seres humanos que viven sumidos en las tinieblas es de millones, pero el número de los sabios es muy corto. Viven ellos en diferentes partes del mundo, á gran distancia unos de otros, y sin embargo se hallan inseparablemente unidos en espíritu. Hablan ellos diferentes lenguas, y sin embargo, cada uno de

ellos entiende á los otros, porque la lengua del sabio es espiritual. Son ellos quienes se oponen á las tinieblas, y ninguno que esté mal dispuesto puede aproximarse á su luz, pues sus tinieblas mismas le destruirán. Para los hombres son ellos desconocidos, y sin embargo, día llegará en que la obra que ha necesitado algunos siglos para ser llevada á cabo por los malvados, será en un momento destruída por ellos como por un impulso del dedo de Dios.

No busques la luz en las tinieblas, ni en los corazones de los malvados la sabiduría; si te acercas á la verdadera luz la conocerás, porque iluminará á tu alma».

Estas notas son algunos extractos del manuscrito. Contenía muchas noticias acerca de los Hermanos de la Cruz y de la Rosa de Oro. No me es permitido decir todo cuanto aprendí en el mismo; pero en resumen, del manuscrito se desprende que los ver-

daderos Rosacruces son una sociedad espiritual por completo, y que nada tienen que ver absolutamente con cualquiera de las sociedades secretas conocidas en el mundo. La verdad es que no se les puede considerar como constituyendo una sociedad, en el sentido aceptado de la palabra, puesto que no constituyen una corporación organizada, ni tienen leyes, ni reglas, ni ceremonias, ni cargos, ni reuniones, ni ninguna de las muchas formas que constituyen la vida de las sociedades secretas. Es un cierto grado de sabiduría, cuya obtención es lo que hace de un hombre un Rosacruz, y el que llega á aquella sabiduría, es un iniciado ya. Él es entonces un Rosacruz, porque comprende prácticamente el misterio de la rosa y de la cruz. Este misterio se refiere á la ley de evolución de la Vida, y su conocimiento práctico no puede ser comprendido sólo por medios teóricos, especulativos ó intelectuales. Inútil es

el meditar acerca de cuestiones místicas que se hallan más allá de nuestro horizonte mental; inútil es el intentar penetrar en los misterios espirituales antes de que nos hayamos espiritualizado. El conocimiento práctico supone práctica, y sólo puede ser adquirido por medio de la práctica. Para obtener poder espiritual es necesario practicar las virtudes espirituales de Fe, Esperanza y Caridad; la única manera de llegar á ser sabio es cumplir durante la vida con los deberes de uno mismo. El amar á Dios en toda la humanidad, cumpliendo con el deber, constituye la sabiduría humana suprema, y de ésta únicamente puede brotar la Sabiduría Divina. A medida que en los hombres el amor y la inteligencia aumentan, la fuerza del poder espiritual que á sus corazones eleva, en energía aumenta también, y sus horizontes mentales se ensanchan. Lenta y casi imperceptiblemente ábrense los sentidos internos,

y los hombres van adquiriendo mayor capacidad receptiva, y cada paso hacia lo alto concede á la visión más ancho campo.

Dignas de lástima son aquellas sectas y sociedades que intentan obtener el conocimiento de las verdades espirituales por medio de la especulación filosófica sin la práctica de la verdad. Inútiles son las ceremonias si sólo se celebran exteriormente, sin comprender su significación oculta. Una ceremonia externa no tiene significación alguna, á menos que sea la expresión de un proceso interno que está teniendo lugar en el alma; de no ser así, la ceremonia es tan sólo una ilusión y una vergüenza. Si el procedimiento interno se verifica, el significado del símbolo externo será comprendido fácilmente. El hecho de que la significación de los símbolos no es comprendida, y que se ha convertido en origen de disputas y diferencia de opiniones entre las distintas sectas,

demuestra la pérdida del poder interno y que todas aquellas sectas únicamente poseen la forma muerta exterior.

La base en que la religión de sectas y sociedades secretas se funda, es el amor y admiración egoísta del yo. Si bien algunas personas generosas y antiegoístas pueden encontrarse entre las sectas y las sociedades secretas, sin embargo, el verdadero sectario sólo espera obtener beneficios para sí mismo. Para sí mismo y por su propia salvación es sólo por lo que ruega y reza, y si lleva á cabo alguna buena acción, es con el objeto de obtener algún premio egoísticamente.

Por lo tanto, vemos al Cristianismo dividido en algunos centenares de sociedades, sectas y religiones diferentes, muchas de las cuales se odian y procuran perjudicarse unas á otras, mirándose mutuamente con desprecio. Y vemos el clero de todos los países tratando de obtener poder político

y de promover sus intereses egoístas ó el interés egoísta de su iglesia. Han perdido ellos de vista al Dios Universal de la Humanidad, y han colocado al dios del yo en su lugar. Pretenden ellos estar en posesión de poderes divinos que no tienen, y sea cual fuere el poder que poseen, lo emplean para obtener beneficios materiales para su iglesia.

Así vemos que el divino principio de verdad es prostituído todos los días y á todas horas en las iglesias, que son tan sólo mercados para los que las ocupan. El templo del alma hállase todavía ocupado por mercaderes, y de él permanece todavía excluído el espíritu de Cristo.

Cristo. la Luz Universal del Logos Manifestado, la Vida y la Verdad, está en todas partes y no puede ser encerrado ni en una Iglesia ni en una Sociedad Secreta. Su iglesia es el Universo, y sus altares el corazón de cada sér humano en el cual su luz es admi-

tida. El secuaz verdadero de Cristo no conoce *yo* alguno, y no sabe lo que es un deseo egoísta. No se preocupa por el bienestar de más iglesias que por el de aquella que es lo suficientemente ancha para contener á la humanidad entera, sin tener en cuenta ni diferencias ni opiniones. Se preocupa muy poco de su salvación personal, y mucho menos espera obtenerla á costa de otra persona. Sintiéndose él mismo sumido en el amor inmortal, sabe que él es ya inmortal en aquel principio; sabiendo que su *ego* individual tiene sus raíces en la conciencia eterna de Dios, bien poco se preocupa de aquel *yo personal*, que no es más que una ilusión hija del contacto del espíritu eterno con la materia. El verdadero secuaz de la Luz no posee más voluntad, pensamiento ó deseo que aquello que el Espíritu Universal quiere, piensa ó desea por medio de él. El poner al *yo* de uno en situación receptiva para la

luz divina, el ejecutar lo que su voluntad indica, y convertirse así en un instrumento por medio del cual pueda Dios manifestar su divino poder sobre la tierra, es el único medio de obtener la ciencia espiritual y de convertirse en un *Hermano de la Cruz y de la Rosa de Oro.*





VII

## Los Hermanos

Lo que sigue á continuación son extractos de una carta (oculta) escrita á K. Von Eckartshausen. La carta es de 1801, y carece de firma.

Para satisfacer á tu deseo de obtener noticias acerca del *Círculo Interno* de los Hermanos, te comunicamos lo siguiente:

No preguntes quienes son las personas que han escrito estas cartas; juzga del valor de los escritos por sus propios méritos. Considera el espíritu con el que están escritas y no meramente las palabras en ellas conteni-

das. No nos mueve á nosotros ningún motivo egoísta; es la luz que dentro de nosotros existe lo que nos instiga á obrar. Es esta luz interna la que nos impulsa á escribirte, y nuestras credenciales son las verdades que poseemos, que serán fácilmente reconocidas por todos aquellos para quienes la verdad es todo. Te las comunicaremos en proporción á como seas capaz de recibirlas, y estás en libertad de aceptar ó de no aceptar lo que te digamos; porque la Sabiduría Divina no clama por admisión, es una luz que brilla con tranquilidad eterna, y que espera pacientemente el día en que es reconocida y se la admite.

Nuestra comunidad ha existido desde el día primero de la creación (1) y continuará existiendo hasta el último:

(1) Se dice que aquellos Hijos de Manu, *Nacidos de la Mente* que no procrearon, y cuya misión fué instruir á la humanidad, formaron la primera Sociedad Oculta, y que todos los Adeptos, desde entonces, trazan su descendencia á uno y á otro de *Los Hijos de la Mente del Primer Señor*.

es la Sociedad de *Los Hijos de la Luz*, y sus miembros son aquellos que conocen la luz que brilla en el interior y el exterior de las tinieblas; nosotros conocemos la naturaleza del destino del hombre; nosotros tenemos una escuela en la cual la misma sabiduría Divina es el Maestro, y ella enseña á todos aquellos que desean la verdad, por la verdad misma y no meramente en razón de cualquier beneficio mundano que pueda resultar de su posesión. Los misterios explicados en aquella escuela, se refieren á cada una de las cosas que es posible conocer con respecto á Dios, á la Naturaleza y al Hombre; todos los antiguos sabios han aprendido en nuestra escuela, y ninguno ha aprendido jamás la sabiduría en ningún otro lugar. Entre sus miembros, los hay que son habitantes también de otros mundos distintos de éste. Ellos están esparcidos por el Universo entero, pero un Espíritu Único es quien les une, y las

diferencias de opiniones entre ellos no existen. Todos ellos estudian un solo libro, y el método de estudio es para todos el mismo.

Nuestra Sociedad se halla compuesta de *Elegidos*, ó sea de aquellos que buscan la luz y que son capaces de recibirla, y aquel que posee la mayor receptividad para aquella luz, es nuestro Jefe. Nuestro punto de reunión es conocido intuitivamente por cada miembro, y fácilmente alcanzado por todos, importando bien poco el lugar en donde residan. Está muy cerca, y sin embargo se halla oculto á los ojos del mundo, y nadie puede encontrarlo como no sea un iniciado. Aquellos que están *maduros*, pueden entrar; aquellos que no lo están tienen que esperar.

Nuestra orden tiene tres grados. Al primero se llega por el poder de la inspiración divina; al segundo por medio de la iluminación interior y al tercero y más elevado, gracias á la

contemplación y á la adoración. En nuestra Sociedad no existen ni disputas ni controversias, ni especulaciones, ni sofismas, ni dudas, ni escepticismos, y aquel á quien se le presenta la mejor oportunidad para hacer bien, es el más feliz entre nosotros. Estamos nosotros en posesión de los misterios más grandes, y sin embargo, no somos ninguna Sociedad secreta, porque nuestros secretos son un libro abierto para cada uno que se encuentra en disposición de leer en él. El secreto no es debido á tener nosotros poco deseo de enseñar; débese á la debilidad de aquellos que piden se les enseñe. Nuestros secretos ni pueden ser comprados por dinero alguno ni pueden ser públicamente demostrados; son comprensibles únicamente á aquellos cuyos corazones son capaces de recibir sabiduría y amor fraternal y en quienes estos poderes han comenzado á despertar. Aquel en quien el fuego sagrado ha comenzado, es feliz y está

contento. El percibe la causa de las miserias humanas y la necesidad inevitable del mal y de los sufrimientos; su visión clara le permite ver el fundamento de todos los sistemas religiosos y reconoce á éstos últimos como modificaciones de verdades relativas, que no han entrado todavía en equilibrio gracias á no haber obtenido aun los conocimientos necesarios para ello.

La humanidad vive en un mundo de símbolos, cuya significación no es comprendida todavía por muchos; pero se acerca el día en que el espíritu viviente que encierran estos símbolos, será conocido en general y revelados los sagrados misterios. Perfecto conocimiento de Dios, perfecto conocimiento de la naturaleza y perfecto conocimiento del hombre, son las tres luces que sobre el altar de la verdad iluminan el santuario del templo de la sabiduría.

Existe sólo una religión fundamen-

tal y una fraternidad universal tan sólo. Formas externas, sistemas y asociaciones religiosas, todo son cáscaras bajo las cuales una porción tan sólo de la verdad permanece oculta, y estas cosas externas son únicamente verdaderas en proporción á como representan las verdades que en su interior encierran. Son necesarias para todos aquellos que no han obtenido todavía el poder de reconocer la verdad invisible é informe, á menos que un símbolo la represente, y el hacerles comprender poco á poco, que la verdad, aunque para ellos invisible, existe, es dar lugar á que en ellos nazca esta creencia que servirá á manera de una base desde la cual su fe, ó sea su conocimiento espiritual, podrá comenzar á desenvolverse; pero si las formas externas de un sentimiento religioso representan verdades internas que no existen en aquel sistema, entonces no representan más que mojigangas desvergonzadas. Existen tantos errores

como formas y teorías existen, porque las teorías pueden ser sólo relativamente ciertas, y siendo infinita la verdad absoluta, no puede ser circunscrita á una forma limitada. Los hombres han tomado equivocadamente la forma por el espíritu, el símbolo por la verdad, y de esta equivocación han brotado errores infinitos. Estos errores no pueden ser corregidos por medio de denuncias, ni con ardientes controversias, ni asumiendo una actitud hostil contra aquellos que viven en el error; las tinieblas no pueden ser desvanecidas combatiéndolas con armas; es la *luz* quien acaba con ellas, y allí donde entra el saber, cesa de existir la ignorancia.

*En este siglo presente, que acaba de comenzar, aparecerá la luz*. Cosas ocultas durante siglos serán conocidas, muchos velos serán descorridos, y será revelada la verdad que existe en y más allá de la forma; la humanidad como un todo se acercará más á Dios.

No podemos decirte ahora por qué tendrá lugar esto en *este* siglo; nos limitaremos únicamente á decir que para cada una de las cosas existen su tiempo y su lugar correspondiente, y que todas las cosas en el Universo se hallan reguladas por una ley divina de orden y de harmonía. Primero vino el símbolo qué contenía la verdad, vino después la explicación del símbolo, y después de esto, la verdad misma será recibida y conocida; no de otra manera á un árbol se le ve y se le percibe después que de la semilla ha brotado, siendo la semilla el símbolo en el cual su entero carácter permanecía sintetizado. Nuestro deber es prestar ayuda al nacimiento de la verdad, y abrir las cáscaras en las cuales la verdad se halla contenida, reavivando en todas partes los jeroglíficos muertos. Hacemos nosotros esto, no por nuestro propio poder, sino gracias al poder de la *Luz*, que obra en nosotros á manera de instrumento.

Nosotros no pertenecemos á secta alguna, no tenemos ambición ninguna que satisfacer, no deseamos ser conocidos, ni somos de aquellos á quienes disgusta el estado presente de cosas en el mundo y que desean gobernar para imponer sobre la humanidad sus opiniones. No existe persona ni partido alguno que influya sobre nosotros, ni esperamos premio alguno personal por nuestros trabajos. Poseemos una *Luz*, que nos permite conocer los misterios más profundos de la Naturaleza, y un *Fuego* poseemos que es el que nos alimenta, y por medio del cual podemos obrar sobre todas cuantas cosas en la naturaleza existen. Poseemos las claves para todos los secretos, y el conocimiento del lazo que une nuestro planeta con los otros mundos. Nuestra ciencia es una *Ciencia Universal*, porque abraza el universo entero, y su historia comienza con el día primero de la creación. Estamos en posesión de todos los antiguos libros

de sabiduría. Todo en la naturaleza se halla sujeto á nuestra voluntad. porque nuestra voluntad es una con la del Espíritu Universal, que es la potencia motriz del Universo entero, y el origen eterno de toda vida. No necesitamos de informe alguno, ya sea de hombres, ya sea de libros, porque tenemos el poder de percibir todo cuanto existe, y el de leer en el libro de la naturaleza, libro en el cual no existen errores. En nuestra escuela se enseña todo, porque la *Luz* que ha producido todas las cosas es nuestro Maestro.

Podemos hablarte de lo más maravilloso que conocemos nosotros, lo cual está tan por completo fuera del alcance aun del filósofo más erudito de nuestros tiempos, como lo está el sol de la tierra; pero que está tan cercano á nosotros como lo está la luz del espíritu al espíritu del cual emana; pero no es nuestra intención el excitar tu curiosidad. Deseamos crear dentro de tí la sed de sabiduría y el hambre de

amor fraternal, á fin de que puedas abrir tus ojos á la luz, y contemplar por tí mismo la verdad divina. No nos corresponde á nosotros el acercarnos á tí y abrir tu entendimiento; es al poder de la verdad misma que entra en el corazón; es el desposado divino del alma quien llama á la puerta, y muchos son los que no le quieren admitir porque se encuentran sumidos en las ilusiones de la existencia externa.

¿Deseas llegar á ser un miembro de nuestra Sociedad? Si es así, penetra en tu propio corazón. ¿Deseas conocer á los *Hermanos?* Si es así, aprende á conocer á la divinidad manifestándose por sí misma dentro de tu propia alma. Busca dentro de tí aquello que es perfecto, inmortal y no sujeto á cambio alguno, y cuando lo hayas encontrado, habrás entrado en nuestra sociedad y nos conocerás á nosotros. En nuestro círculo no pueden admitirse imperfecciones de ningún

género, y antes de que puedas entrar en él, tienes que arrojar de tí todas las imperfecciones de tu naturaleza propia. Los elementos corruptibles de tu interior deben ser consumidos por el fuego del Amor Divino. Debes ser bautizado con el agua de la verdad, y estar revestido de una substancia incorruptible que es producida por pensamientos puros. El interno *sensorium* debe ser abierto á la percepción de las verdades espirituales, é iluminada la mente por la sabiduría divina. Entonces se desarrollarán dentro de tu propia alma grandes poderes, ahora para tí desconocidos, y podrás entonces vencer el mal. Tu entero sér será restaurado y transformado en un sér de luz, y tu cuerpo servirá de mansión para el espíritu divino.

Preguntas tú, ¿cuáles son nuestras doctrinas? No tenemos ninguna para proclamar, porque cualquiera que sea la que presentemos, no puede ser para tí más que una opinión dudosa, du-

rante tanto tiempo como no posees el conocimiento de tí mismo. Este conocimiento propio tiene que ser obtenido por medio de la instrucción externa y debe ir desarrollándose dentro de tí mismo. Interroga al espíritu divino en tu interior, abre tus sentidos internos á la comprensión de lo que dice, y contestará á tus preguntas. Todo cuanto podemos hacer es darte algunas teorías para que las consideres y examines. No para que las creas meramente porque proceden de nosotros, sin examinarlas antes y quedar de ellas satisfecho, sino para que puedan servirte á manera de jalones y señales durante tus excursiones por el laberinto del examen propio.

Una de las proposiciones que deseamos someter á tu consideracion es que la humanidad como un todo, no será feliz de un modo permanente hasta que haya absorbido el espíritu de sabiduría divina y de amor fraternal. Cuando esto tenga lugar, las co-

ronas de los que rigen el mundo serán razón pura y no adulterada, sus cetros serán amor; serán ungidos con poder para libertar á los pueblos de la superstición y de las tinieblas, y las condiciones externas de la humanidad mejorarán después que haya tenido lugar el perfeccionamiento interno. La pobreza, el crimen y la enfermedad desaparecerán entonces.

Otra proposición es que una de las causas por las que no son los hombres más espirituales é inteligentes, es el que la grosería y densidad de las partículas materiales que componen sus cuerpos, impiden la libre acción del elemento espiritual en ellos contenido, y que cuanto más groseramente vivan, y cuanto más se dejen dominar por los placeres sensuales, animales y semi-animales, tanto menos serán capaces de lanzarse en pensamiento á las regiones superiores del mundo ideal, y de percibir las eternas realidades del espíritu. Mira las formas

humanas que por las calles encuentras, repletas de carne llena de impurezas animales y con el sello de la intemperancia y de la sensualidad impresos en sus rostros, y pregúntate á tí mismo, si están ó no adaptadas para las manifestaciones internas de la sabidúría divina.

También decimos nosotros que *espíritu es substancia, realidad*. Sus atributos son: indestructibilidad, impenetrabilidad y duración. *Materia es una agregación*, produciendo la ilusión de la forma; es divisible, penetrable, corruptible, y está sujeta á cambios continuos. El reino espiritual es un mundo indestructible actualmente existente, cuyo centro es el Cristo (el *Logos)* y sus habitantes son poderes conscientes é inteligentes; el mundo físico es un mundo de ilusiones, que no contiene ninguna verdad absoluta. Cada una de las cosas existentes dentro del mundo externo son sólo relativas y fenomenales; es este

mundo, por decirlo así, la pintura sombría del mundo interno y real, producida por la luz del espíritu viviente que obra en el interior y en el exterior de la materia animada.

La inteligencia inferior del hombre toma sus ideas prestadas del reino siempre inestable de lo sensual; y hállase, por lo tanto, sujeta á un cambio continuo; la inteligencia espiritual del hombre, ó sea su intuición, es un atributo del espíritu, y por lo tanto, inmutable y divina. Cuanto más etéreas, refinadas y movibles sean las partículas que al organismo físico del hombre constituyen, con tanta mayor facilidad penetrará en ellas la luz divina de la inteligencia y sabiduría espirituales.

Un sistema racional de educación tiene que fundarse en un conocimiento de la constitución física, psíquica y espiritual del hombre, y será únicamente posible, el día en que sea conocida por completo la entera constitu-

ción del hombre, y no meramente el aspecto material de la misma, sino además su aspecto espiritual. El aspecto externo de la constitución humana puede ser estudiado valiéndose de métodos externos, pero el conocimiento de su organismo invisible puede sólo ser obtenido por medio de la introspección y del estudio de sí mismo. El más importante consejo que tenemos para darte, es, por lo tanto:

APRENDE A CONOCER
TU PROPIO YO

Las proposiciones anteriores son lo suficiente para que las medites y examines á la luz del espíritu, hasta que recibas más enseñanzas.



# ÍNDICE



